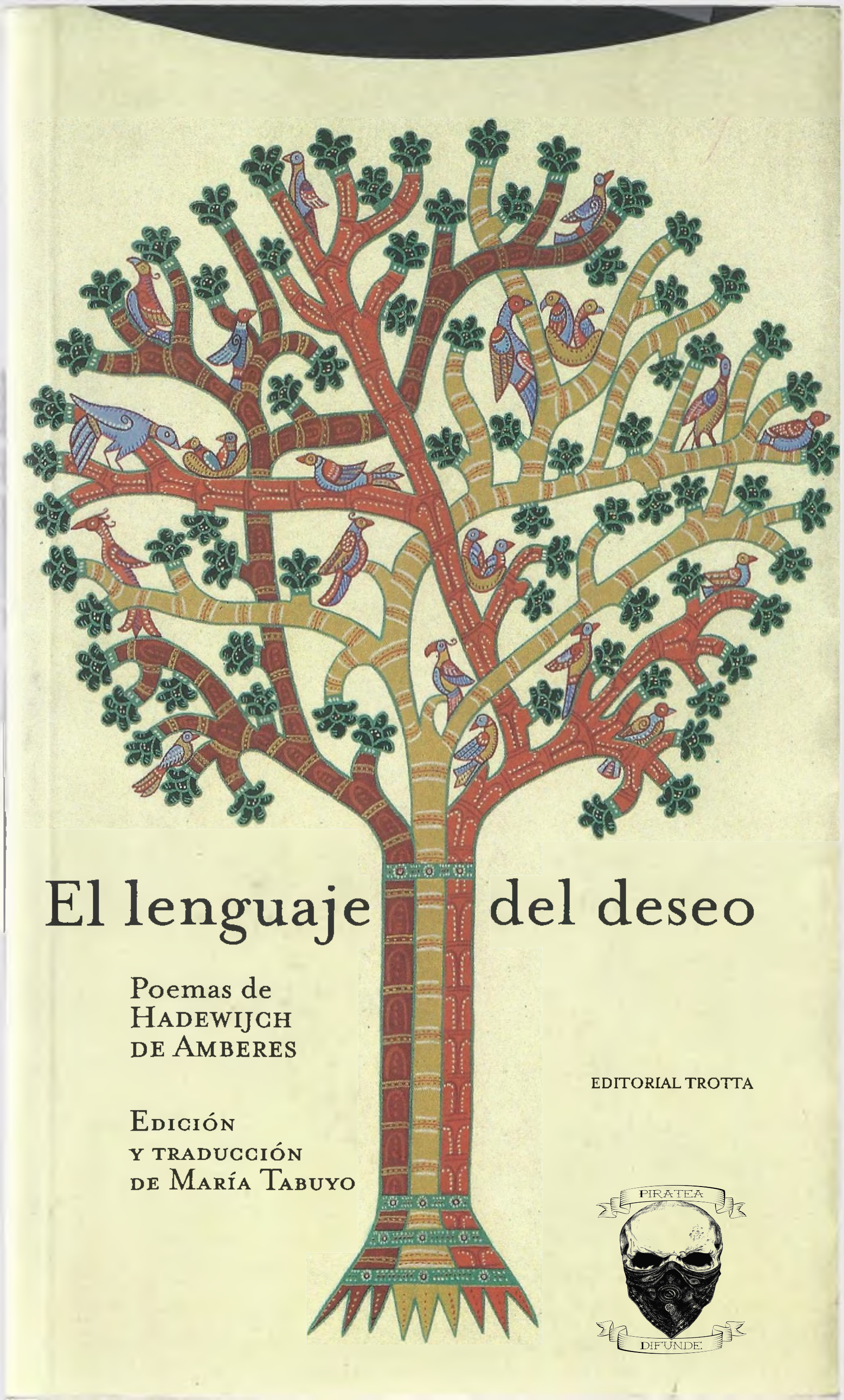


El lenguaje del deseo

Poemas de
Hadewijch
de Amberes

Edición
y traducción
de María Tabuyo

EDITORIAL TROTTA

Es conocida la estrecha relación existente entre el movimiento comunal, el desarrollo de las ciudades y la renovación de la espiritualidad que tiene lugar a finales de la Baja Edad Media. Mucho menos conocido, sin embargo, es el importante papel que en este proceso jugaron algunas mujeres. Los poemas que aquí se traducen por primera vez al castellano, se escribieron hace ya siete siglos y, sin embargo, su autora y el movimiento de beguinas en que se encuadra son nombres que nada dicen. Las beguinas, mujeres de diversas clases sociales, al mismo tiempo contemplativas y activas, que poseían una elevada cultura religiosa y literaria integrada en su vida y en su experiencia espiritual y que, fuera de los claustros, sin reglas ni votos, mostraban gran familiaridad con la Biblia, con la liturgia y con los clásicos, se inspiran para sus composiciones en la poesía del amor cortés, de la que toman sus expresiones, con un vocabulario en parte nuevo.

Estos *Poemas* —45 *Poemas estróficos* y 16 de rimas masculinas y femeninas alternas— se asemejan a un único y extenso poema con variaciones sin fin, a la manera de la poesía de la *fin'amor* trovadoresca, en los que canta a su Dama, transfiriendo con entera libertad el servicio del amor cortés a la Divinidad.

Ilustración de cubierta de Rocío Miralles.

El lenguaje del deseo

El lenguaje del deseo
Poemas de Hadewijch de Amberes

Edición y traducción de María Tabuyo

El lenguaje del deseo
Poemas de Hadewijch de Amberes

Edición y traducción de María Tabuyo

MINIMA TROTTA

La edición de esta obra ha contado con la ayuda
del Instituto de la Mujer

MINIMA TROTTA

Sagasta, 33. 28004 Madrid
teléfono: 91 593 90 40
fax: 91 593 91 11
e-mail: trotta@infornet.es
http: //www.trotta.es

diseño de colección
Joaquín Gallego

ISBN: 84-8164-357-2
depósito legal: VA-1068/99

impresión
Simancas Ediciones, S.A.

CONTENIDO

POEMAS DE HADEWIJCH DE AMBERES

OTROS POEMAS

INTRODUCCIÓN

Los textos aquí reunidos no necesitan justificación; ni siquiera habría que apelar a su origen, pues se justifican plenamente por su audacia y su belleza. Pero cabe dar la vuelta al argumento. Hace ya siete siglos que se escribieron y, sin embargo, sus autoras, Hadewijch de Amberes, las beguinas, apenas son nombres, palabras que nada dicen, o dicen tópicos, salvo para un pequeño número, afortunadamente cada vez mayor, empeñado en rescatar y dar a conocer el tesoro escondido, porque ocultado, de un pensamiento diferente, de un mundo fascinante que, en palabras de Simone Weil, «apenas tuvo tiempo de nacer» —fue aniquilado—, y alcanzó en el siglo XII su máximo esplendor. Porque, en efecto, hubo un mundo, un sueño que quiso hacerse realidad y fue abortado; hubo un tiempo en el que un impulso creador, compartido por las gentes más diversas, recorría Europa: evangelistas espontáneos, ascetas y monjes, nobles y campesinos, mujeres y hombres, parecen animados por un mismo aliento espiritual en nombre del ideal evangélico, perdido ya por la Iglesia.

Primero fueron los cátaros, que se extienden por el norte de Italia y Alemania, hasta el sur de Francia; en Toulouse y la Provenza se encuentra entonces uno de los focos culturales más brillantes del mundo occidental. El Languedoc mostrará una civilización resueltamente abierta, propagada a toda Europa gracias a *trobairitz* y trovadores, leídos y traducidos,

donde la mujer ve por fin reconocido su lugar, donde la violencia se verá desbancada por unas costumbres refinadas, pensadas y cultivadas para todos los ámbitos, no solo la corte. Luego serán los valdenses, movimiento surgido en torno al comerciante Pedro Valdo que, tras la lectura de la Biblia en provenzal, se convierte al sermón de la Montaña y distribuye su riqueza entre los pobres; hombres y mujeres predican el evangelio en la lengua del pueblo y llaman al seguimiento de Jesús. Junto a ellos, un sinfín de voces y movimientos[1].

De ese mundo, de ese tiempo, tan solo quedan las huellas, más o menos escondidas, que es necesario aprender a leer, aquí y allá, a través de la ocultación.

No se trata solamente de un texto, de un nombre —afloran ya tantos que no es posible nombrarlos—, pues textos y nombres se inscriben en un universo mayor, en una historia que pudo ser de creación y libertad y en cuya desaparición se forja lo que serán la Europa y el estado modernos, y una visión del mundo cada vez más cerrada y excluyente. Esta afirmación, que puede parecer excesiva aunque sean muchos quienes la comparten[2], es expresada así por alguien tan poco sospechoso de frivolidad como Eugenio Trías: «La terrible maquinaria de la Inquisición, puesta a prueba en la persecución de la herejía cátara, sirve a los poderes de la Iglesia de los siglos XIII y XIV para atajar esos brotes de "espiritualidad", a la vez que contribuye a la creación de una organización *moderna* de concentración de poder en la que la Iglesia romana es pionera»[3]. Gilbert Durand insistirá en el argumento, relacionando lo que denomina «catástrofe metafísica» ocurrida en el siglo XIII, «desgarro fundamental de la conciencia», que supuso la eliminación de esa espiritualidad de la inmediatez, de la mística de la unión con la divinidad sin intermediarios —y que hace por tanto innecesario el monopolio mediador del clero— propia de Hadewijch y otras beguinas, con «el cesarismo papal, el genocidio de los albigenses, la constitución de la "Santa" Inquisición, y la liquidación de los templarios»[4]. Por ello no es descabellado

sospechar que al menos algunos de los problemas que hoy tenemos planteados guarden relación con la ocultación de esos textos, con la voluntad de poder que siempre trató —y trata— de acallar las voces diferentes.

Poco sabemos de la vida de Hadewijch —aunque en los últimos tiempos se hayan multiplicado los trabajos sobre ella— y escasos son los datos biográficos que nos ofrecen sus escritos: *Visiones*, *Cartas* y *Poemas*. Las distintas hipótesis planteadas desde principios de siglo han debido ser abandonadas, para reconocer al fin que solo tenemos estos datos ciertos: su nombre, su lugar de nacimiento (*Antwerpia*), y el título de bienaventurada, atribuido con frecuencia a las beguinas. Su actividad literaria parece haberse desarrollado entre los años 1220-1240, fecha establecida a partir de los indicios que se pueden rastrear en la «Lista de los perfectos» incluida en las *Visiones*. Esta lista contiene los nombres de 85 personas, entre las que se cuenta «una beguina a la que Maestro Roberto mató a causa de su justo amor», y todo parece indicar que Hadewijch se refiere aquí al dominico Robert le Bougre, inquisidor en Flandes de 1235 a 1238 y famoso por sus métodos brutales, y a la beguina Aleydis, quemada con otras en Cambrais el 17 de febrero de 1236. En sus *Cartas* y en alguno de los *Poemas* aparece como «maestra» de un grupo no organizado de mujeres, amigas muy queridas, de las que se ve obligada a separarse, perseguida y amenazada con el destierro y la prisión. De ellos puede deducirse que Hadewijch habría pertenecido al movimiento beguinal en sus inicios, cuando aún no existían los beguinatos. Contamos también con un importante testimonio de Jan van Leeuwen, el Buen Cocinero discípulo de Ruisbroeck:

> Así habla también una santa y gloriosa mujer llamada Hadewijch, verdadera maestra. Pues los libros de Hadewijch son ciertamente buenos y justos, nacidos de Dios e inspirados por él [...] Pero sus enseñanzas no son útiles para todos, pues son muchos los que no pueden comprenderlas[5].

Palabras significativas en las que se reconoce la autoridad de Hadewijch, aunque podamos advertir en ellas una cierta alarma ante su enseñanza; por su parte Ruisbroeck (1293-1381) citará libremente sus textos sin mencionar nunca su nombre o atribuyéndolos a las beguinas. Así pues, todavía en el siglo XIV circulaban sus escritos, aunque pronto cayera en el olvido. Y Hadewijch seguiría siendo una mujer desconocida a no ser porque, en 1838, dos investigadores de la poesía medieval, Mone y Snellaerte, prestaron atención a dos manuscritos del siglo XIV que se encontraban en la Biblioteca real de Bruselas, en los que no pudieron descubrir el nombre del autor. Unos años más tarde, en 1857, se pudo leer, medio oculto en los márgenes, *B. Hadewigis de Antwerpia*, lo que fue confirmado en 1867 por el hallazgo de un tercer manuscrito[6].

I. HADEWIJCH DE AMBERES Y SU OBRA

Los años transcurridos no han logrado empañar la frescura de la obra de Hadewijch, y su lectura resulta un ejercicio fascinante, no carente de sobresaltos. Pasado el primer momento de extrañeza ante una escritura a primera vista lejana, lo inesperado se abre paso en lo hondo, y allí resuenan imágenes y símbolos, todo un mundo de belleza que, aunque olvidado, nunca dejó de pertenecernos. Hadewijch es considerada la primera gran escritora en lengua flamenca y reconocida como una de las mejores poetas en dicha lengua; con ella, el neerlandés accede por vez primera al nivel literario[7], y se inicia el camino de la escritura en lengua materna, vernácula. Mujer de cultura asombrosa, teológica y profana, sus escritos reflejan la influencia de la poesía cortés, que comunica a su lenguaje encanto y vigor, lejos de cualquier empalago; utiliza expresiones francesas, lo que permite suponer un gran conocimiento de la poesía trovadoresca, y maneja también el latín. Muestra conocimientos bíblicos y teológicos, pero, afortunadamente, escapa a toda escolástica, moviéndose con gran libertad, sin permitir que el dogma la ate pues, para ella, lo

importante radica en la experiencia, desde la que se mueve y escribe, recreando el lenguaje y dejando adivinar otras influencias o, mejor, siendo reflejo creador de ese mundo rico y exuberante que es la Europa de la Baja Edad Media.

Predecesora de Eckhart y de la mística renana, empieza ahora a valorarse el alcance de su influencia y su novedad con respecto a las formas establecidas en su tiempo. En efecto, y aunque habrá que estudiar este punto con mayor detenimiento[8] —pues la mística no tolera definiciones reductoras—, la mística de Hadewijch rompe el marco habitualmente trazado, desde fuera, que quiere delimitar lo que pueda ser tal experiencia. A grandes rasgos se puede decir que en su obra se encuentran y dialogan las dos grandes tendencias de la mística: la llamada «mística nupcial», «tan antigua como el amor divino», en palabras de Dom Porion, presente en casi todos los comentarios al *Cantar de los Cantares* y en especial en los escritos de Bernardo de Claraval, que aplicará el diálogo amoroso del texto bíblico a las relaciones del alma con Dios, insistiendo en la descripción de los «medios» de la unión. San Bernardo precisa esta unión, a la manera de diálogo eterno, en un frente a frente enamorado en el que, sin embargo, se mantiene la separación: «Dios y el hombre están separados uno del otro. Cada cual conserva su propia voluntad y su propia substancia. Tal unión es para ellos una comunión de voluntades y un acuerdo de amor»[9].

Y la «mística de la esencia», empeñada en la superación de todo intermediario hasta llegar a sumergirse en el abismo de la divinidad, donde el tú y el yo carecen de sentido, pues el ser está completamente habitado y bañado por esa divinidad que le constituye, llegando al punto de ser «lo que Dios es»[10]. Se produce aquí un salto audaz, más griego que latino y que más tarde el maestro Eckhart sistematizará, en el que se distingue entre Dios y Deidad, es decir, el Dios creador, por una parte, y la esencia divina, el fondo último de la divinidad, por otra.

Este salto, esta renuncia escandalosa que trata de ir siempre más allá, en un sobrepasamiento que nunca se detiene y llega hasta el abandono de las Personas divinas, exige un

desnudamiento total, condición de ese abismamiento. En Hadewijch, este movimiento místico de unión incluye amor y conocimiento —hablará de «razón iluminada por el amor»— y culmina en el abandono, en el deshacimiento, en la renuncia a lo que se es, a los medios y modos y personas, y constituye la trama de su enseñanza. Para ella, lo verdaderamente importante es llegar a ser lo que en realidad somos desde siempre en Dios, en un movimiento de retorno hacia el origen mediante el despojamiento radical, más allá de ideas y palabras, hasta el silencio inicial[11].

Pero esta mística contemplativa no supone apartamiento del mundo, y provoca una independencia y una libertad difícilmente aceptables. Frente a la oposición entre vida activa y vida contemplativa, presentada ya por san Agustín en su exaltación de la figura de María en detrimento de Marta y que tan importantes consecuencias tendrá en la historia de la espiritualidad occidental, para Hadewijch, la orientación exclusiva hacia Dios implica una extraordinaria disponibilidad y libertad con respecto al mundo y a los otros, pues es experiencia de apertura ilimitada y no de cerrazón. Si es en Dios mismo donde la creación se mueve, si tiene su origen en él y nada es fuera de él, no resulta posible aislarla o considerarla en sí misma o por sí misma[12], se elimina la distinción entre sujeto y objeto, desapareciendo la dualidad en beneficio de la unidad sin que ello signifique exactamente fusión o desaparición[13]. Por otra parte, su llamada constante a «vivir la vida de Jesús en su humanidad», no deja lugar a dudas sobre el itinerario que traza.

Teología audaz ésta que trata de volver a los orígenes, a la divinidad en que participamos, antes de Adán y la creación del mundo, que distingue entre la Divinidad o Deidad —la esencia divina, el fondo o matriz de Dios— y el Dios creador, y que es ofrecida a hombres y mujeres del pueblo en su lengua, fuera de los claustros. Teología de la divinización que hunde sus raíces en la experiencia, pero también en una auténtica tradición cristiana que terminará por olvidarse[14].

Esta orientación anima toda la obra de Hadewijch, y adquiere un desarrollo insospechado. El abismamiento en la

divinidad apenas puede expresarse, pues la unidad escapa al lenguaje conceptual, de ahí la necesidad de recurrir a imágenes y símbolos, que por su propia naturaleza nunca agotarán aquello a lo que apuntan. Y aquí volvemos a encontrarnos con la «novedad» de Hadewijch: su modo de expresión la sitúa en la llamada «mística de la *Minne*», que conjuga y une el carácter especulativo con el experimental. *Minne*, femenino en neerlandés antiguo, suele traducirse por *Amor*[15] y recibe en Hadewijch muy distintas significaciones, en un fascinante lenguaje preñado de símbolos en relación con la naturaleza y el amor del hombre y la mujer —la *fin' amor* de trovadores y *trovairitz*— y que, a través de la experiencia, alcanza lo más hondo, el abismo de la divinidad. Mas la búsqueda de la *Minne* (Dama Amor) es extremadamente difícil en ese nivel, y Hadewijch recurrirá al lenguaje del amor cortés, a la aventura caballeresca, a la enorme riqueza de ese mundo que pronto habría de desaparecer.

Un mundo insospechado

La obra de Hadewijch ha suscitado múltiples interrogantes. Por una parte, la aparición del amor cortés en Occidente fue objeto de un interesante debate[16] no zanjado todavía; por otra, se ha planteado la pregunta: ¿cómo llega Hadewijch a esta expresión de la Unidad? La aparición de este tema, en esa época, nos dice Dom Porion[17], es «un enigma histórico, pues no conocemos sus antecedentes entre los escritores latinos: ni los Victorinos, ni san Bernardo, ni Guillaume de Saint Thierry presentan algo igual, es tan extraño a san Agustín como a san Hilario; y tampoco aparece en el pseudo Dionisio bajo esta forma» (se encuentra, sin embargo, en la mística musulmana). Su destino no es menos singular; retomado por las seguidoras de Hadewijch, llega a la mística renana para desaparecer después, si bien hemos de sospechar que nunca desapareció del todo, permaneciendo en corrientes escondidas, obligadas a permanecer subterráneas.

En cualquier caso, y más que intentar averiguar el origen

de su pensamiento, pretensión vana, es importante conocer el medio en que vive y piensa Hadewijch, porque en él podemos encontrar algunas de las claves que se advierten en su obra.

El mundo de la Baja Edad Media es un mundo en continua ebullición, de una fecundidad incomparable; es tiempo de crisis y de cambio, de caos y libertad, de exuberancia y belleza. Es la época del apogeo del románico, de la aparición del gótico, del florecimiento de la poesía erótica y religiosa, de los *romans* del rey Arturo, de Tristán e Isolda, de los grandes ciclos épicos. Es la época de la expansión de las ciudades y los gremios, del advenimiento de la burguesía; se fundan las universidades más importantes, se vive el apogeo de las órdenes monásticas y la predicación itinerante. Es época de dudas e independencia, de intensa vida espiritual, pero también intelectual, no separadas todavía. Se invoca la Biblia y a Platón, a Filón y a la Sibila, a Virgilio y a Horacio, y los monasterios son un foco de irradiación cultural en el que las mujeres brillan con luz propia, con palabra y autoridad[18].

Es el tiempo de Eloísa y Abelardo, pero también el de Leonor de Aquitania, de su hija María de Champaña, de las «cortes de amor»; el tiempo de los «lenguajes secretos», los personajes legendarios y las aventuras prodigiosas; es el tiempo de la leyenda del Graal, de los «fieles de amor» y el «reino de la Dama», de símbolos alquímicos y numéricos, de *trobairitz*, trovadores y troveros, que entretejen un mundo nuevo y crean espacios literarios que ya no son patrimonio del clero.

Si por una lado es clara la influencia de la poesía árabe española en la poesía trovadoresca[19], también se han de tener en cuenta los elementos celtas, gnósticos y orientales redescubiertos o reactualizados en el siglo XII, cuando Escocia e Irlanda proporcionan una cultura antigua y misteriosa que nunca se consiguió borrar del todo.

Europa asiste entonces a una de las más extraordinarias confluencias espirituales de su historia, es una Europa abierta, un cruce de caminos donde confluye y se recrea una cultura plural, árabe y griega, cristiana, judía y musulmana, en la que España desempeña un papel fundamental; abierta a las tres

culturas, transmite cuanto recibe, siendo el camino de Santiago una de las vías mayores de comunicación que reúne y da sentido a una idea de Europa aún en formación. Y no debe olvidarse la influencia oriental que, procedente de Asia, atraviesa Transcaucasia y recoge asimismo la gran herencia de Siria, Mesopotamia y Egipto[20]. Pero es también el tiempo de las cruzadas y la Inquisición, el tiempo en que aquella civilización naciente, la provenzal, fue exterminada merced a la alianza del papado y el rey de Francia, todo un símbolo de lo que habría de suceder después.

El lenguaje del deseo

En este marco, la obra de Hadewijch adquiere una luz nueva que, ciertamente, no nos explica su origen, pero aporta claves de comprensión, sin que ello signifique que así logremos desentrañarla del todo, deshacer ese universo simbólico que le da sentido[21] y aparece como trasfondo.

Quizás la obra que, en un primer momento, parezca más distante sean las *Visiones*[22], en las que Hadewijch va describiendo y elaborando sus experiencias, a la vez sensibles e interiores, y en las que Amor (*Minne*, femenino) y Deseo se constituyen en elemento central. El libro consta de catorce visiones, seguidas de una *Lista de perfectos*, que parecen remontarse a los años de juventud, aunque su redacción sería más tardía, dada la madurez y profundidad que muestran. Los temas tratados se encuentran también en las *Cartas*[23] y los *Poemas*, pero el espacio y el tiempos visionarios proporcionan elementos simbólicos de gran valor. Si bien es cierto que las visiones constituyen un género literario muy antiguo que posibilita la expresión inmediata del pensamiento, conviene no dejar de lado el universo imaginal como realidad específica, y no como ficción, pues es ahí donde la simbólica desplegada adquiere su sentido[24]. Por otra parte, el símbolo permite alcanzar un nivel inaccesible a la razón y ofrece una doble enseñanza: recuerda el sentido de lo real e indica el camino para alcanzarlo. Presenta pues un umbral e invita a traspasarlo.

Para comprender el alcance de la *Minne*-Amor[25] en Hadewijch, motivo constante y fundamental de sus escritos, conviene situarlo en el marco de la poesía trovadoresca a la que pertenece. En una obra reciente[26] se denomina a Hadewijch «trovadora de Dios», título que en efecto le conviene. Trovador, trovadora, es decir, quienes encuentran, inventan, crean y recrean, cantan; componen poemas y melodías, proponen un arte de amar —no una teoría del amor— la *fin'amor*, es decir, un amor perfecto, depurado, transmutado alquímicamente en el crisol, hasta hacerlo puro, vaciado de toda aleación y de toda escoria[27]. Si el trovador cantó la alabanza de su dama, las *trobairitz*[28] cantaron a su amante; entre ellas aparece Hadewijch como testigo privilegiado de esa transposición del amor cortés al amor divino.

Ahora bien, el amor cortés nace en la paradoja; el poeta, que canta porque ama, ama a menudo con un amor desdichado, insatisfecho, pues la insatisfacción es la esencia del deseo. La alegría, fuente de su canto, es una alegría mezclada, dolorosa. El canto de amor es por definición paradójico; supone una tensión tan fuerte que acaba en ruptura, y es el fin de la canción. No sucede así en Hadewijch, pues si bien también ella canta porque ama y ama también con un amor desdichado, su voz es un exceso, un canto a la pasión y a la belleza, un canto al deseo, y deseo y pasión la introducen y transforman en el abismo del Amor deseado, donde solo hay lugar para el silencio: «su silencio más profundo es su canto más alto», dirá en un poema (*Mgd.* 13). En la primera visión precisará lo que esto significa: «Llevar a Amor es desearla, preferirla, languidecer tras ella, servirla, consumirse sin descanso en el ejercicio de una voluntad ardiente [...] entregarse a la consciencia del amor en plena libertad. Pero lo más alto, es ser Amor». La unidad divina es descrita como abismo que engulle a las personas, pues Amor es implacable y terrible, devorador y abrasador, por eso es posible hablar del gozo del amor, de su «toque poderoso», pero también de su ira. Ahora bien, para Hadewijch, *Minne*-Amor es nombre de Dios, mas también de nuestro amor: «Supe, en la inteligencia del amor,

que él es nuestro Amor en él mismo, y fuera de Él, el amor en nosotros; y que el amor a veces mata y otras veces cura» (Visión 14).

Hadewijch habla del amor en términos que pasada la Edad Media parecieron escandalosos; para ella, sentir, sentimiento, pasión, no hacen referencia a una forma inferior del amor, no hay escisión entre lo físico y lo espiritual, como sucederá después, y expresa su experiencia con total libertad:

> En lo más profundo de su Sabiduría aprenderás lo que es él y qué maravillosa suavidad es para los amantes habitar en el otro: cada uno habita en el otro de tal manera que ninguno de ellos sabría distinguirse. Pero gozan recíprocamente uno del otro, boca con boca, corazón con corazón, cuerpo con cuerpo, alma con alma, y una misma naturaleza divina fluye y traspasa a ambos. Cada uno está en el otro y los dos pasan a ser la misma cosa, y así han de quedar (Carta 9).
> [...] porque los amantes no acostumbran a esconderse uno del otro, sino a compartir mucho en la experiencia íntima que hacen juntos: uno disfruta del otro y se lo come y se lo bebe y lo engulle enteramente... (Carta 11).

En la Visión séptima aplicará este bellísimo lenguaje a su encuentro con Cristo, y la descripción que ofrece —ve a Cristo en persona, un hombre, y le experimenta y siente con todo su cuerpo, y comparten el vino y el pan— guarda a mi parecer estrechas semejanzas con la experiencia que, siete siglos después, vivirá y narrará Simone Weil. No hablo, por supuesto, de copia, sino de la similitud estructural de una experiencia que resonó y sigue resonando en ciertos seres; nada extraño por otra parte, pues creo que puede hablarse con verdad de la pertenencia de ambas a una misma tradición, a un mismo linaje. Y en esa tradición, la sabiduría, que es experiencia radical, no suma de conocimientos, cambia la mirada, «pues todo lo que se ve en espíritu cuando se es arrebatado por Amor —dice Hadewijch— se comprende, se gusta, se entiende, se penetra de parte a parte» (V. 11), y el mundo se ilumina: «por la Sabiduría conocí que solo Dios es Dios y que todo es Dios

en Dios, viendo todo como divino cuando en espíritu me uní a él» (V. 9).

Nos encontramos aquí muy lejos del pensamiento dualista, de esa «escisión de la conciencia» de la que hablaba Durand y que muestra siempre mundos separados. Hadewijch, como Hildegarda de Bingen, como Guillermo de Saint-Thierry, Escoto Erígena, y toda la gran tradición de la Iglesia oriental que fue hasta la Edad Media la de toda la Iglesia[29], contempla el misterio de la Divinidad como energía y esplendor que irradia y se desborda. Se trata de una visión dinámica: Dios es abismo, pero también belleza, amor, libertad, vida; refleja en la creación lo que es, y las energías divinas, increadas, irradian el misterio divino para transfigurar y divinizar al ser humano que, por otra parte, nunca ha estado fuera de él. Se trata entonces de recuperar y vivir «nuestra grandeza y libertad original, en la que fuimos creados y amados y a la que somos llamados desde toda la eternidad» (C. 6).

Veíamos anteriormente que no existe *Minne*-Amor sin deseo, y Hadewijch, fiel a su experiencia, emprende en la octava visión una defensa radical del amor apasionado, de ese Deseo que más adelante considerará «la virtud que nos hace libres» (V. 12). Pero ahora esa encendida pasión desborda el marco del amor cortés, aunque no sea sin embargo extraña a la mística musulmana, que ya desde el siglo IX crea una poesía religiosa cuyas metáforas muestran también estrechas coincidencias con la poesía occitana[30]. Suele citarse a Al-Hallaj (m. 922) como testigo excepcional de esa pasión que le valió el título de «mártir del amor» y le llevó al patíbulo, condenado por su escandalosa afirmación «Yo soy la Verdad [Alá]», pero la lectura de Hadewijch trae a la memoria pasajes de Ibn 'Arabî (m. 1240) y su mística de la unión, o de Rûmî (m. 1273) y su ebriedad amorosa, sin que, de nuevo, quepa hablar de imitación o copia, tan solo de un aire de familia, de una determinada visión transcultural. Establecer esa relación facilita la comprensión al tiempo que dificulta el análisis, pues el horizonte se abre hasta extremos insospechados. Y así, tal vez sea Rûzbehân (m. 1209) quien mejor nos muestre el significado

de ese Deseo, pues en un mismo fragmento reúne temas y términos queridos a Hadewijch y esparcidos en su obra:

> El deseo ardiente es reforzado por el vuelo del Espíritu; cuanto más vuela, más crece el deseo, porque en el espejismo del deslumbramiento, la sed misma es el deseo de probar esta sed. En la religión de los fieles de amor no existe nunca el logro final de la unión, aunque no exista jamás separación, porque la ley de lo que es temporal no se aplica a lo que es eterno. La visión de la Majestad se produce para el alma en estado de deseo. Pero por esta visión el corazón no hace sino entrar en una fusión más ardiente, porque el deseo no cesa de aspirar a la visión.

Se trata siempre de la unión del Amante y el Amado, del Contemplador y el Contemplado; hay identidad, pero sin confusión. Lo que un siglo después expresará Eckhart de manera admirable, sus tesis más atrevidas, se encuentra ya en Hadewijch, pero también en este místico musulmán que logra una expresión perfecta. Es Dios mismo quien con su propia mirada contempla su rostro eterno; el amor humano es el iniciador al amor divino: «El fiel de amor es —dice Rûzbehân— el Deseante y el Deseado, el Amante y el Amado; asume hacia Dios el papel de Testigo de Contemplación: es Dios quien se contempla en él con una mirada eterna». «Desde antes que existieran los mundos y el devenir de los mundos, el Ser Divino es él mismo el amor, el amante y el amado»[31].

Una de las visiones más extrañas de Hadewijch, la cuarta, ha planteado dificultades de interpretación y un cierto escándalo. «Esta bella y curiosa visión —dice Porion[32]— es sin duda la más difícil; en ella los actores se metamorfosean, se encuentran súbitamente identificados unos con otros, como en un sueño. La noción que domina los símbolos es la *igualdad* de los dos reinos celestes: el del Esposo y el de la Esposa. Hadewijch se identifica con la Esposa eterna y, desde la eternidad, habla con el Esposo de la Hadewijch *viatora*. Este desdoblamiento ha sido relacionado, con razón, con el ejemplarismo neoplatónico...». Sin duda detrás de esta *Visión*,

como también de otras, se encuentra la inspiración del *Cantar de los Cantares* y su apasionado lenguaje de amor pleno de erotismo, pero no se deberían descuidar los elementos comunes a la mística islámica, también cargada de neoplatonismo, que nos proporciona claves propias de interpretación en temas hace tiempo abandonados por la teología. Uno de ellos, muy presente en las *Visiones*, es el tema del ángel, ampliamente desarrollado por ejemplo por Ibn 'Arabî[33] en una interesante angelología en la que, por cierto, se interpreta la figura del Ángel, de cada ángel, como el rostro que la Divinidad muestra a cada creyente (siempre el mismo Dios, pero múltiples rostros); seguir ese camino puede parecer fantasioso pero, desde luego, excluye dogmatismos.

Hadewijch se mueve siempre con una libertad desconcertante, en un camino ascendente sin ataduras, y maneja las imágenes y figuras bíblicas desde su experiencia, sin interés alguno en parecer correcta. Desde otro mundo, desde otra experiencia, el elemento visual-visionario puede parecer, como en efecto ha parecido, escaso y poco original; por ello conviene tener presente el trasfondo de esta época de intercambios continuos, de conversación y encuentro entre pueblos y culturas, del impulso de «amigas» y «amigos» de Dios en los lugares más diversos. Como señala Porion, «es la comunidad de aspiración la que permitía a esos grupos buscarse y encontrarse, como las llamas que se juntan en un abrir y cerrar de ojos», y esta observación ha de entenderse en un sentido amplio, especialmente cuando no existe un único camino de acceso y las fronteras, en aquel tiempo, permanecen todavía abiertas. Es mucho lo que aún desconocemos, dice Hadewijch[34]. Porque tampoco habría que olvidar, aunque no haya espacio para entrar en ello, la influencia celta, tan presente en el amor cortés, y el tema de la Madre Cósmica, ambas señaladas por Marie-Madeleine Davy[35].

En cualquier caso, la escritura de Hadewijch, portadora de elementos ya tratados por la tradición cisterciense, con una base agustiniana ampliamente iluminada y superada por otras influencias, entre ellas y muy clara la de Escoto Erígena, Pro-

clo y Plotino, adquiere en ocasiones un tinte neoplatónico que, más que lastrar, ahonda y facilita la expresión de su experiencia. En la «estación visionaria», la eternidad se le manifiesta en el tiempo de manera furtiva, es cierto, pero se trata del tiempo visionario, de cualidad distinta, y ello basta para la revelación del gran secreto: todo se mueve en el Amor desde el origen, pues Amor es su origen. Se produce entonces esa alquimia espiritual en la que Amada y Amado se encuentran y alcanzan la unión «sin diferencia» (V. 7) desbordándose en fecundidad; y tiene lugar el «nacimiento de Dios». En lo más profundo del abismo, donde la tiniebla ilumina, ve Hadewijch «nacer un niño en los espíritus que aman en secreto, en los espíritus ocultos a sus propios ojos en aquella profundidad» (V. 11). En la visión 13 retoma el tema de la maternidad divina, pero aquí será un serafín quien la anuncie: «Éste es el nuevo cielo escondido, cerrado para toda alma que no haya sido madre de Dios, que no lo haya llevado en su seno [...] que no lo alimentara de niño hasta la edad de hombre y no lo acompañara hasta la tumba: para todos los que así no hicieron, este cielo quedará eternamente oculto».

El ser humano no solo se mueve en Dios y en Dios tiene su origen, sino que tiene que darle a luz. Pero el camino es arduo y no exento de paradojas; para alcanzar a Dios en su divinidad, es necesario hacerse semejante a él en su humanidad, vaciarse de todo lo accesorio, entregarse totalmente a él «para llegar a ser lo que él es» (C. 2). Solo quien esté dispuesto a dejar todo lo que no sea Amor, incluido su propio ser, verá nacer dentro de sí a la divinidad; mas Hadewijch constata que «todos queremos ser Dios con Dios, pero pocos quieren ser hombre con su humanidad y llevar con él su cruz...» (C. 6). Lo único realmente necesario es estar disponible al servicio de *Minne*-Amor, rendirse a sus leyes, que no son las del mundo, que no coinciden tampoco con las establecidas en la vida ascética o religiosa, y empeñarse en su búsqueda, sin intereses mezquinos, en el camino vivido por «el amor libre que no poseen los mercenarios de Dios, los que esperan una recompensa por sus méritos». Esa búsqueda, semejante a la

búsqueda caballeresca, está caracterizada por el invierno de la purificación, por el paisaje desértico, de luz fría, que da paso no obstante, en un vuelco imprevisible, a una inmensa alegría o a una tristeza insuperable. El contacto con *Minne*-Amor no produce paz, sino movimiento increíble: se va de acá para allá, se vive en la desmesura. Es grande y terrible el poder de Amor, tanto, que llega incluso a matar a Dios, como dirá Hadewijch en una de sus cartas (20):

> *Minne*-Amor quita a Dios el poder de sentenciar... no se deja vencer ni por santos ni por hombres ni por ángeles, ni por los cielos ni por la tierra. Después de vencer a Dios en su naturaleza, su voz poderosa no cesa de clamar: Amad al Amor.

Se rompen así todas las imágenes de la Divinidad, se toca el misterio que todo lo envuelve y solo la razón iluminada alcanza a gozar e intuir. En la *Carta 22* trata Hadewijch de expresar lo que por otra parte no dejará de repetir que es inexpresable: «Dios es admirable en su suave naturaleza, terrible y tremendo de puro maravilloso, es todo en todas las cosas y está en su totalidad en cada cosa. Dios está por encima de todo y no está elevado; está por debajo de todo, pero no es inferior. Dios está totalmente dentro y no está encerrado. Está más allá de todo y no está excluido». Y a esa experiencia, a ese lugar que es no lugar, el país de *Minne*-Amor, se encamina Hadewijch y, con ella, sus compañeras beguinas, adiestrándose en la «nueva escuela del Amor».

Es en las *Cartas* donde, de manera más sistemática, aparece lo que pueda ser ese camino de identificación, de vaciamiento y plenitud, de renuncia y belleza. En ellas, treinta y una, de extensión y carácter diferente, dirigidas unas a sus amigas beguinas, de las que se ha visto apartada, otras en forma de pequeños tratados de vida espiritual, Hadewijch va ahondando y penetrando el misterio divino, que se revela al tiempo como el misterio del ser humano, de la creación entera que se encuentra desde siempre inmersa en él y por él está constituida. Son también las *Cartas* las que mejor nos per-

miten intuir a la persona de Hadewijch. Su palabra, diáfana y transparente, tejida de símbolos, queda muy lejos de la oratoria latina; es una invitación constante al asombro, a la belleza, al sobrepasamiento, en un ir siempre más allá que no puede contentarse con lo mediocre, que huye de lo mezquino. Amor, libertad y belleza son inseparables en ella, no puede entenderse una sin las otras, y para ella parecen estar hechas las palabras de Heidegger, «la manifestación de la verdad es la belleza». Así, en todos sus escritos fluye de manera natural, sin rigidez, su gran sentido estético, esa preocupación por la belleza, por la vida bella, que ningún reglamento puede lograr: «En el empeño por guardar una regla, una se enreda en mil preocupaciones de las que mejor hubiera sido mantenerse libre [...] Un espíritu de buena voluntad crea más belleza de la que ninguna regla pueda ordenar» (C. 4). ¡Crear belleza! todo un programa de vida.

Si sorprendente es el lenguaje de Hadewijch, no lo son menos sus afirmaciones arriesgadas, las imágenes que utiliza y en las que aparece el elevado concepto en que se tiene, algo por otra parte común a las beguinas[36]. Hay en sus cartas una referencia constante a la dignidad, y solo desde ahí parece dispuesta a medir la humildad, que no puede ser nunca rebajamiento, sino memoria permanente de la nobleza radical del ser humano, llamada a habitar en la Divinidad, a vivir bella y noblemente, a imagen y semejanza del «noble Amor». El vocabulario de la aventura atraviesa sus escritos, y es constante el consejo: «No te acobardes, no tengas miedo, no te rebajes, recuerda las razones del justo Amor...». Esa pasión de sobrepasamiento, su audacia increíble, no dejó de causarle problemas, y de ello deja constancia en sus escritos. En los poemas estróficos retoma el viejo tema provenzal de los calumniadores, *lozengiers*, y de los «extranjeros» que no viven las leyes de la *Minne* y hacen lo posible y lo imposible para detener a los amantes; su preocupación no es la Iglesia, sino «todo aquello que detiene al Amor o lo hiere en sus amantes; me refiero a las persecuciones y heridas que los extranjeros infligen con gusto a ellos y a otros» (C. 13). Experta en

Amor, denuncia la utilización bastarda del amor, la tergiversación a que se le quiere someter para lograr controlar la libertad de quienes siguen su senda:

> El respeto humano se disfraza de humildad, la vanagloria se llama sentido de justicia, la envidia es integridad y encuentra mil pretextos [...] A esta forma de amor se llama prudencia, paciencia, adaptación a las circunstancias y otras muchas palabras bonitas, pero no es Dios quien las inspira (C. 12).

Hadewijch comenzó muy pronto su aventura de deseo, según cuenta en una de sus cartas, «desde la edad de diez años me ha urgido y presionado el amor más violento» (C. 11), y a ese Amor consagra su existencia. Pero esa experiencia, que es aquí experiencia espiritual, de unión, pasión y deseo, no se adquiere de una vez por todas, sino en conocimientos sucesivos, en contactos fugaces que parecen eternos y hacen más dura la ausencia.

El deseo encuentra su expresión en el poema y, en una época en que la poesía canta y recrea el amor[37], adquiere la forma paradójica de esa misma experiencia que solo mediante el lenguaje simbólico se puede expresar; Hadewijch se muestra verdadera maestra de ese arte del que es pionera en su lengua materna. Sus *Poemas* —45 *Poemas estróficos (Strofische Gedichten)*, y 16 (*Mengeldichten*) de rimas masculinas y femeninas alternas— se asemejan a un único y extenso poema con variaciones sin fin, a la manera de la poesía de la *fin'amor* trovadoresca, en los que canta a su Dama, *Minne*-Amor (femenino), transfiriendo con entera libertad el servicio del amor cortés a la Divinidad.

Pero hablar del amor cortés es hablar de la mitología caballeresca, de un código de honor y lealtad, es hablar de aventura, de justas y lances, de cabalgadas en las que Amor persigue y es perseguido a su vez; se trata de una búsqueda, de pruebas, en castillos, desiertos y tierras devastadas.

Del amor cortés toma Hadewijch tema, metro, expresiones, imágenes y metáforas, y gran parte de sus poemas, a se-

mejanza de las *reverdies* de la lírica trovadoresca, comienzan por una evocación del renacer de la primavera, sugiriendo así la armonía entre la alegría y el gozo amoroso que experimenta y «la alegre invitación al amor que constituyen el espectáculo y las sensaciones de la naturaleza primaveral»[38]. O, por el contrario, de la naturaleza otoñal e invernal, simbolizando ahora la frustración amorosa, la desolación a la que la Hadewijch amante parece condenada por los caprichos de dama Amor, y que tan duramente contrasta con la alegría y la belleza del renacer primaveral. Así, se alternan elogios y quejas, ardor y desesperación, espera y desconfianza, deslumbramiento y lamento, desdicha y felicidad, y siempre, el lenguaje románico de la tierra baldía, el yermo, el vagar perdida en el desierto y la soledad.

Mas basta tan solo un instante, y todo cambia. Es la mirada, la palabra, la que descubre y recrea la tierra devastada en tierra transfigurada, y la criatura más desdichada llega a ser la más afortunada. Está ahí el recuerdo de los *romans* del ciclo del Graal, completamente olvidado en la historia eclesiástica oficial, con toda la saga céltica del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, pero también con una nueva síntesis espiritual que integra elementos cristianos, orientales y hermetistas de enorme riqueza[39]. Está ahí esa experiencia radical en que la desnudez descubre la belleza y los contrarios se encuentran, tras el largo caminar; ésa es la historia del trayecto espiritual de los amadores, la errancia mística, la embriaguez mística, pero es también la historia simbólica de los relatos del Graal, en los que existe una pregunta —la pregunta *fatídica*— que, una vez planteada, transforma a quien la escucha, mas también a quien la hace. Cesa entonces aquel encantamiento que inmovilizaba a la naturaleza en la desolación, la esterilidad, el despojamiento; y de nuevo la tierra vibra con el estallido de las flores y el canto de los pájaros, revive el moribundo y renace el buscador. Esa pregunta, que es al tiempo una mirada, es la del amor, que sale fuera de sí, que ya no piensa en sí más que en relación con el amado, pues vive en el amado.

Se produce así ese sobrepasamiento, ese salto que lleva desde el deseo al silencio, al abismo de la unidad, donde todas las imágenes desaparecen y Hadewijch se siente absorbida, engullida, aniquilada en la Divinidad a la que no teme dar el nombre de Infierno: «El séptimo nombre es Infierno [...] Verse devorada, tragada en su esencia abismal, hundirse sin cesar en el ardor y el frío en la profunda y sublime tiniebla del Amor» (*Mgd. XVI*).

Las distintas tradiciones de las que se hace eco Hadewijch, en ocasiones difíciles de delimitar por cuanto pertenecen a «corrientes» que pronto se vieron marginadas, sirven para plasmar e interpretar su experiencia; así sucede con la imagen del *Ave fénix*, símbolo alquímico por excelencia y signo de la culminación de la obra: su muerte y resurrección son la coronación de la obra alquímica, y Hadewijch expresará con ella el grado alcanzado en la búsqueda. Pero en esta búsqueda, la superación de las distinciones no es nunca renuncia a la acción, sino impulso hacia la Divinidad, hacia el fondo del alma que es su morada, con la guía de los dos ojos del alma, el Amor y la razón (C. 18).

Otros poemas

La imprevisibilidad de la *Minne*, que se da y se sustrae en el mismo momento de la entrega, es libertad suprema, saber no pensable, no decible, que se canta para expresar su impensabilidad; supone también el aprendizaje del deseo y de la pasión en la «nueva escuela de Amor», donde se recibe «luz e inteligencia», y «el alma, libre y sola en la Unidad, pierde imagen y figura y toda distinción», se alimenta de la sabiduría divina, recibe sabiduría de su plenitud, «en el amor desnudo, sin palabras ni porqués» (*Mgd. 23*). Pero esta formulación, en plena armonía con lo anterior, pertenece ya a otra mujer, cuya autoría solo en este siglo ha sido reconocida.

En tres de los cuatro manuscritos de la obra de Hadewijch se encuentran incluidos trece poemas de autora o autoras diferentes, habitualmente conocidos con el nombre de Hadewijch

II o, siguiendo a Porion, «Nuevos Poemas». Su fecha parece ser algo más tardía, finales del siglo XIII, sin embargo, origen, medio y tradición son los mismos de Hadewijch. Por estilo, vocabulario y desarrollo temático se inscriben plenamente en la «mística de la esencia», de la que habitualmente se tiene a Eckhart como representante máximo, que no iniciador; por ello es necesario subrayar su influencia en la teología mística posterior. Lamentablemente, no obstante la belleza y profundidad de estos poemas, nada sabemos, ni quiera el nombre, de la beguina o beguinas que se ha convenido en llamar «Hadewijch II», pero su obra tiene entidad propia y no debe ser considerada un mero apéndice, o un añadido curioso y sin consistencia.

El estilo general de estos poemas, más abstracto y metafísico que el de Hadewijch, posee sin embargo el aire común de la «escuela de *Minne*-Amor». Como Hadewijch, esta beguina desconocida[40] tampoco establece una teoría, habla y escribe de su experiencia interior; su «teología» es vida hecha poesía que, en nombre del Amor, inicia el camino del despojamiento absoluto hasta la «Nada pura y desnuda» que es la Divinidad. Y así, vaciada, hecha pura pasividad y en la más completa desnudez, conoce, en un conocer que es no saber, la pérdida de toda propiedad, de toda imagen, hasta llegar a la unión esencial —no solo unión amorosa— sin medio y sin modo, más allá de las Personas divinas, «en el seno del abismo sin fondo de la Unidad». Y es que *Minne*-Amor exige y concede tal exceso de deseo que quita todo deseo, «pues Amor despoja de toda forma a los que acoge en su simplicidad»; los amantes se ven así sin Dios por exceso de Dios, en la «simplicidad desierta y salvaje», que no tiene «fin ni comienzo, ni forma, ni modo, ni razón ni sentido, ni opinión, ni pensamiento, ni ciencia ni intención, pues nada la limita en su inmensidad» (*Mgd. XXVI*).

Eckhart (especialmente en el sermón *Beati pauperes spiritu*) tratará el mismo tema, con los mismos términos, pero no tiene sentido mantener la dependencia de la beguina con respecto al maestro dominico. La mayor parte de los temas consi-

derados «eckhartianos» eran comunes varias generaciones antes de su predicación y se encuentran de manera más o menos habitual en la literatura espiritual de la época, pero también, y muy especialmente, en las beguinas[41]: la pobreza espiritual, el «sin porqué», la desnudez, son términos característicos de la mística especulativa del siglo XIII, en la que las beguinas introducirán la novedad de referir las afirmaciones neoplatónicas acerca del Ser y la Esencia divina a la *Minne*-Amor. No obstante, puede hablarse con verdad de la pertenencia a un mismo impulso, a una misma libertad, igualmente abocados a la condena y el ocultamiento.

No puede afirmarse lo mismo de Ruisbroeck, al que sin embargo parece inevitable referirse para «salvar» la ortodoxia de Hadewijch y tratar de establecer su posteridad, cuando lo cierto es que éste introduce un giro importante con respecto al pensamiento de las dos Hadewijch, apartándose de él en lo que parece seguirlo. El llamado «doctor Admirable» —único autor reconocido que realmente depende de ellas— repite a las dos beguinas sin establecer entre ambas ninguna diferencia, apropiándose de muchos de sus textos, desarrollándolos de manera más sistemática y sin citar nunca sus nombres; pero en su obra se muestra implacable, sin ahorrarse calificativos insultantes, con quienes pretenden «que las Personas desaparecerán en la Divinidad» y «no comprenden que estamos unidos a Dios *con medio*, tanto en la gracia como en la gloria»[42], mostrándose especialmente duro con las beguinas. Crítica tanto más cruel cuanto aquel al que se tiene por su maestro, Eckhart, y las beguinas eran entonces objeto de condena. En realidad, y en lo que se refiere al «pensamiento visible», la herencia de Hadewijch parece perderse[43] y su influencia «doctrinal» en Ruisbroeck es cuando menos discutible, pues éste hace suyo el pensamiento escolástico de la gracia y las virtudes, perdiendo de vista la enorme riqueza de la concepción oriental de las energías divinas, desbordantes y presentes por doquier; se establece así la separación radical entre el mundo «natural» y el «sobrenatural», desaparece la frescura evangélica tan propia de Hadewijch, produciéndose la ruptura que

llega hasta nuestros días y de la que siguen sin sacarse las consecuencias.

Porque no se trata solo de dos mujeres, aunque, por supuesto, de ellas se trate: es también una forma de estar en el mundo, de contemplar el mundo y los seres que en él se encuentran. Por otra parte, el olvido de la tradición «oriental» y todo su universo simbólico, la prohición de todo pensamiento que no se encerrara en los estrechos límites establecidos por un poder cada vez más fuerte y centralizado, dio entrada, ya sin contrapeso, a una visión del mundo cerrada y fuertemente marcada por el pesimismo agustiniano, ajena al misticismo; a partir del siglo XIV se entrará de lleno en una religión de temor, obsesionada con el pecado, el infierno y los castigos de Dios, que poco tenía ya que ver con ese universo de libertad y belleza que hasta entonces parecía posible.

En cuanto a las «dos Hadewijch», su destino nos es desconocido, y probablemente corrieron la misma suerte, o desgracia, de gran parte de las beguinas: en 1312 el concilio de Vienne establece la condena definitiva, anticipada ya más de un siglo antes mediante la Inquisición y la hoguera. El único camino que quedaba era aceptar las reglas impuestas, o la persecución y la ocultación.

Desde la aparición de sus textos, y quizá por su belleza, se ha querido a toda costa salvar su ortodoxia, y también tratar de librarlas del destino fatal que hubieron de padecer sus compañeras, pero no hay lugar donde apoyar tal afirmación, más aún si tenemos en cuenta que Eckhart, tan próximo a ellas, fue condenado, y Margarita Porete[44], de su misma «familia», quemada en la plaza pública. Por desdicha, ni la verdad ni la belleza fueron nunca criterio de inquisidores, más bien al contrario.

Misticismo radical

Y puesto que los *Poemas* encontrados unieron a estas dos mujeres, es ya momento de resumir algunas de sus características comunes. En las «dos Hadewijch» nos encontramos ante

un misticismo radical, es decir, vivido en y desde la raíz de la existencia —no puede haber otro, aunque sí muchos caminos—, de inspiración evangélica y enriquecido en su expresión por la exuberancia de un mundo todavía abierto a distintas tradiciones. Ciertamente, ambas beben de la Biblia y de la tradición teológica cristiana, pero en ningún lugar de su obra aparece la referencia (que parecería obligada) a ningún «director espiritual» de su tiempo ni a su enseñanza. Sus escritos se apoyan siempre en su propia experiencia, incluso en las atrevidas afirmaciones, mantenidas por ambas, sobre los elevados grados de unión con la divinidad que habrían alcanzado en esta vida. El viaje de introspección es amplitud que las conduce a una nueva toma de conciencia, a una lucidez audaz que se manifiesta en la vida cotidiana. Su experiencia de *Minne*-Amor las introduce en otra dimensión de la realidad que no es olvido de lo real, sino un salto a lo Desconocido, al abismo sin fondo, el «desierto salvaje» que yace en lo interior y revela su inmensidad; es la desnudez de la esencia divina, pero también el exilio de los amantes antes de perderse en el Amor, el éxodo obligado de los verdaderos seguidores de Jesús. Desde ahí hemos de entender la continua apelación a la «naturaleza» que aparece en los *Poemas*, en ese momento en que todavía no se ha producido el deslizamiento de las categorías de la «esencia» al psicologismo posterior de la interpretación mística, en que todavía no existe la oposición gracia-naturaleza que acompañará en seguida a la espiritualidad cristiana. La Divinidad todavía no es ajena ni está aún enfrentada al ser humano, se revela en la desnudez del alma y es garante de la igualdad y la dignidad: «El alma es una realidad sin fondo [...] un camino en el que se abre paso la libertad de Dios desde lo más profundo de sí mismo. Y Dios es el camino por el que se abre paso el alma...» dice Hadewijch (C. 18), que expresa así, al mismo tiempo, el valor extraordinario de la libertad, y la reciprocidad entre el ser humano y la Divinidad, origen y destino de lo creado. Esa libertad, tan propia de las beguinas, y que aparece también en muchas otras mujeres y movimientos de la época, se tradujo en una forma de

estar en el mundo, de relacionarse con el mundo y crear belleza. Adentrarse en él ayuda a deshacer tópicos y abre nuevos horizontes.

Se ha dicho que en el cantar trovadoresco, lenguaje de Hadewijch, la mujer, idealizada, no es en realidad sujeto, sino objeto de deseo[44]; sin embargo es cada vez menos discutible que en la Baja Edad Media las mujeres vivieron una libertad e independencia mayor de las que generalmente se reconoce. Sucede, por ejemplo, que es también el tiempo en que permanece el recuerdo de Isolda[45], mujer fuerte, iniciadora del varón, «mujer de sol» testigo de una mitología arcaica en la que valores y divinidades se abren a ese universo tan diferente que provocara el asombro de Malraux[46]. La imagen de mujer que recoge la vieja leyenda de *Tristán e Isolda* no nació de la nada, y dejaba su peligrosa huella, señalada entre otros por Michel Cazenave:

> Esta historia, en efecto, por la locura que la arrastra, los tabúes que transgrede, el estatuto del amor que hace surgir en el seno de un universo regulado, lleva consigo tal llamada subversiva de todos los valores —sociales, sin duda, pero también morales, éticos, religiosos, metafísicos y, para terminar, ontológicos, del mundo que nos rige desde hace más de un milenio— que apenas apareció en la segunda mitad del siglo XII cristiano ya se trató de combatirla, normalizarla, en definitiva, de olvidarla...[47].

También los textos de Hadewijch se vieron pronto olvidados; iban demasiado lejos, pertenecían a un sueño que quiso hacerse realidad y fue condenado —y siguió condenado— primero en aras del poder y la ortodoxia eclesial, después en aras del poder y la modernidad. Porque la discusión acerca de la mística y la ortodoxia tiene un alcance mayor del que a menudo se le reconoce; en ella está en juego una visión del mundo y del ser humano, pleno de dignidad y libertad o, por el contrario, negado y sometido. Y la historia se repite, casi siempre idéntica: primero, el proceso de persecución; después, la estrategia del olvido. Si los textos o la memoria perviven, hacer que desaparezcan, negar su existencia; o bien trans-

formar su significado, domesticarlos. En palabras de Mino Bergamo:

> Los textos místicos no son aceptables más que a condición de que se postule la existencia en ellos de un fondo de significado diametralmente opuesto al significado manifestado por ellos; estos textos extraños, en los que se pretende que la unión con Dios se produzca en la esencia del alma, no se pueden tolerar si no es creyendo que sus autores —«esos grandes exageradores»— pensaban exactamente lo contrario de lo que han dicho[48].

Pero en todo tiempo, en todo lugar, existen seres que rompen la lógica fatal del sometimiento, que se atreven a vivir en libertad y «se esfuerzan —de nuevo Mino Bergamo—, obstinada y desesperadamente, en pensar, en seguir pensando lo que ya se está convirtiendo en impensable».

II. LAS BEGUINAS

> La historia suele olvidar a los vencidos [...] por ello es necesario ir más allá, mantener otras hipótesis, sospechar y leer los documentos entre líneas, trasladarse por completo a los acontecimientos evocados [...] Pero por la naturaleza misma de las cosas los documentos proceden de los vencedores (Simone Weil[49]).

Tan grande es el olvido que hasta aquellos que tratan de rescatar esa historia olvidada tropiezan en el mismo escollo, y así por ejemplo Gilbert Durand[50], en un trabajo por lo demás espléndido en el que expresa la necesidad de escribir una historia de la «antifilosofía», de rescatar a «todos los "rechazados" por el pensamiento occidental oficial», establece una larga lista de nombres, desde la actualidad a la Edad Media, en la que, inexplicablemente, o quizás no tanto, no figura ninguna mujer; como si no existieran. Aunque la injusticia —en la que se debe incluir la injusticia histórica, invisible y por ello tanto más terrible— se haya convertido en costumbre, no deja

de provocar extrañeza que se puedan olvidar tantos nombres; pero la realidad se muestra tozuda, y en ella están las mujeres, aunque no solas, ciertamente. Porque, en efecto, parece existir una misteriosa «ley de atracción» que revela una cierta concordancia de actitudes y símbolos, mantenida a través de los siglos, que podemos rastrear hasta hoy; se pueden establecer conexiones luminosas en textos y tradiciones que parecen distantes, hilos que se cruzan y entrelazan y crean un tejido, una trama que, aunque oculta, permanece[51], formando lo que hoy resulta un extraño linaje en el que las mujeres ocupan su lugar por derecho propio. A esa trama pertenecen Hadewijch de Amberes y las beguinas.

Un movimiento de mujeres

Hacia finales del siglo XII, principios del XIII, un movimiento de mujeres comienza a suscitar inquietud y sospecha entre las autoridades de la Iglesia. Solas primero, en grupos y formando comunidades después, fuera de los claustros, sin regla ni votos, contemplativas y activas, escapan a cualquier clasificación. No reivindican la autoridad de ningún fundador, ni piden autorización a Roma; sin organización ni constitución, sin carácter jerárquico y con una autonomía y libertad desacostumbradas, cada grupo encuentra su estilo propio, su propia norma, sin imposiciones, lo que da a su vida un aliento y un estilo nuevos.

Numerosas especialmente en el norte de Francia, Bélgica, Renania y Baviera[52], en pocos años se cuentan por miles tan solo en Alemania[53]. El primer grupo del que tenemos noticia aparece en Brabante, y suele citarse como la más antigua de estas *mulieres religiosae* a María de Oignies (1177-1213). Su biógrafo, Jacques de Vitry, nos da a conocer las calumnias a las que, desde sus inicios, habría de enfrentarse el movimiento y las dificultades que él mismo tuvo para obtener una aprobación, tan solo oral, del papa Honorio III (1216). María era una mujer cultivada casada por sus padres a los catorce años con un rico comerciante de Nivelles; pero el matrimonio no

era su vocación y logró convencer a su marido de que debían vivir como hermanos y en la pobreza, trabajando con leprosos y cuidando enfermos. Permanecieron así durante doce años, hasta que decide abrazar la pobreza total, se retira a una celda y trabaja con sus manos para mantenerse. Según cuenta de Vitry, explicaba en lengua vernácula los dogmas más altos y el misterio de Dios, así como el *Cantar de los Cantares*. Durante su vida adquirió gran fama de sabiduría y santidad, y gentes de todas las clases sociales, clérigos incluidos, acudían a verla y a recibir su consejo; entre ellos, Jacques de Vitry, que se unió a los agustinos y se convirtió en ardiente predicador ambulante, siguiendo siempre las indicaciones de aquella mujer a la que consideraba tan cerca de Dios. Inspiradas por María, siete mujeres fueron a vivir a Nivelles y consagraron su vida a la oración y el trabajo caritativo[54].

Los escritos que poseemos de las primeras beguinas son todavía escasos, más los que nos hablan de ellas. Entre las obras originales la de Hadewijch es, quizás, la más antigua; después se encontraría *Los siete grados del Amor*, de Beatriz de Nazaret (m. 1268), cisterciense ligada al movimiento beguinal. Algo anterior a Hadewijch es Matilde de Magdeburgo (1207/1210-1282/1294), con una obra espléndida, *La luz resplandeciente de la divinidad*, en la que prima la experiencia, pero una experiencia que es a la vez amor y conocimiento; perseguida y calumniada, decide finalmente entrar en el monasterio cisterciense de Hefta, donde acabará sus días. Mención especial merece Margarita Porete y su libro *Espejo de las almas simples y anonadadas*[55], cuyo radical misticismo de la unión hizo que fuera declarada herética por la Inquisición y quemada en la hoguera el 31 de mayo de 1310; según Romana Guarnieri, el *Espejo*, «escrito por una mujer para mujeres, revela a su autora como una especie de líder de un grupo semejante al de Hadewijch, con un séquito clandestino, por amor al cual escribe el libro desafiando a los que se le oponen»[56].

A través de esos y otros documentos podemos comprobar que el movimiento no fue en absoluto homogéneo. Abierto a

mujeres de cualquier clase social, de todas las edades, solteras, casadas y viudas (también monjas), aquellas que nos son conocidas poseían una elevada cultura religiosa y literaria, que saben integrar en su vida y en su experiencia espiritual. No hablan de una doctrina, sino de una religión vivida, y a partir de ahí, alcanzarán un conocimiento superior, no solo teórico sino constitutivo del ser. Por ello serán consideradas «maestras» y provocarán el asombro de sus contemporáneos; así por ejemplo, Lamberto de Ratisbona, en su poema *La Hija de Sión* (escrito hacia 1250), manifiesta su admiración porque «en Bravante y en Baviera, el arte ha nacido entre las mujeres», mujeres que se entregan a los estados más altos de oración haciéndose de esta manera «libres de sí mismas y de todo lo creado» y llegando a «ver sin mediación (sin medio) lo que Dios es». También por ello, serán consideradas peligrosas y declaradas heréticas en más de una ocasión.

Esto no significa que todas las beguinas atravesaran ese extraño umbral de la ortodoxia, definido a menudo más por razones políticas que religiosas, y en su mayor parte permanecerán fieles a la Iglesia, de la que se sienten parte, y en estrecha relación con cistercienses y frailes mendicantes, lo que tampoco dejaría de crearles problemas, pues no siempre estos últimos serían bien vistos por el clero secular. Pero, en definitiva, la Iglesia se siente amenazada. La desconfianza de la jerarquía con respecto a las formas demasiado independientes de la vida de los laicos, especialmente si de mujeres se trata, el miedo, el pavor a la libertad, se traducen en una acusación de herejía generalizada y en el recurso a prohibiciones y a la Inquisición. En realidad, los movimientos considerados como heréticos no eran fenómenos aislados, ni especulaciones académicas, sino que arraigaron con fuerza en todas las capas sociales; no eran tampoco contra la fe, sino desde la fe, y en ella adquieren su fuerza. Pero era la ruptura del orden establecido por la Iglesia, y en la medida en que depende de la opinión y de la situación de la jerarquía en un momento dado, los límites entre herejía y ortodoxia nunca estuvieron ni estarán del todo claros.

Por otra parte, la polémica contra las beguinas debe encuadrarse en el tema mayor de la libertad —y el de la pobreza, al que aparece unido— que se encuentra en el centro de la revolución religiosa que recorrió la Edad Media. No se trata ya de reforma, sino de recreación, de vuelta a los orígenes, a las formas sencillas de los evangelios y al seguimiento de un Jesús pobre, frente a la corrupción y la lucha por el poder que se extiende entre el clero, contra la que se alzarán numerosos movimientos. Es también la época del amor cortés, de la dignidad de la mujer, del acrecentamiento de la conciencia individual y del propio valor; se darán aquí referencias frecuentes a la Biblia, que se demuestra fecunda leída en libertad: la imagen del ser humano, varón y mujer, creados ambos a imagen y semejanza de Dios según el libro del Génesis (1, 27), no propicia una figura de mujer obediente y pasiva, encerrada y sumisa; la figura de María Magdalena, amiga y seguidora de Jesús, la primera en recibir la noticia de la resurrección (lo que le valdrá la denominación de «apóstola de los apóstoles»), avalará el rechazo a las mediaciones de la Iglesia en la relación con Dios; por último, el recuerdo insistente del llamamiento de Jesús a dejarlo todo y seguirle llevará a algunas beguinas (como a muchos otros grupos, entre ellos los beguinos o begardos, rama «masculina» del movimiento y menos numerosa) a una vida errante y vagabunda, como mendigas.

Así, tanto más sospechosas cuanto difíciles de encuadrar, parecen llamadas a despertar todas las iras. En 1273, el obispo Bruno, escandalizado por su independencia y aquella libertad que permitía a las mujeres escapar a la obediencia debida a los sacerdotes y a la «indispensable coerción de los lazos maritales», sugiere al papa que «se haga que se casen o ingresen en una orden reconocida»[57].

Pero no es ése el único problema. Las beguinas son laicas, imposibles de controlar, muestran gran familiaridad con la Biblia, con la liturgia, con los clásicos; tienen acceso a escritos religiosos, textos bíblicos y de espiritualidad traducidos y escritos en lengua vernácula, proporcionados en parte por cis-

tercienses, franciscanos y dominicos. No es solo el clérigo el que tiene el monopolio del saber, también los laicos acceden a los textos sagrados. En 1242, el capítulo general de los dominicos, temeroso de esas mujeres tan versadas en teología, prohíbe la difusión de las traducciones, y puede decirse que a partir de entonces la Iglesia se defenderá de esa intrusión con uñas y dientes, es decir, con prohibiciones, autos de fe, y la hoguera: así sucedió con Margarita y con Aleydis, entre otras; Eckhart fue condenado, Matilde y Hadewijch se supieron amenazadas... Pero, a pesar de todo, las beguinas siguieron estudiando y creando sus propios círculos de educación y reflexión.

Maestras de vida, creadoras de lenguaje

Son muchos los autores que coinciden en señalar la estrecha relación existente entre el movimiento comunal y la constitución de comunidades libres de mujeres, entre el desarrollo de las ciudades, la emancipación de las lenguas y la renovación de la espiritualidad. Las lenguas vernáculas, maternas, emancipadas, se afianzan y encuentran expresión literaria en los escritos de las beguinas, que la crean y cuidan y recrean para expresar sus experiencias, para decirse a sí mismas, para cantar su exigencia apasionada del amor. Inspiradas también por la poesía cortés, de la que toman sus expresiones, con un vocabulario en parte nuevo, que dicen y cantan, en su obra asistimos al florecimiento, bellísimo, de la literatura hecha por mujeres en la Edad Media. Es la suya una contribución excepcional que apenas puede ser superada, y se encuentran, junto a trovadoras, trovadores y autores de las canciones de gesta, en el origen de las grandes literaturas europeas; no en vano se reconoce a Hadewijch como una de las más importantes poetas en lengua flamenca, y los escritos de Matilde de Magdeburgo y Margarita Porete se cuentan entre las obras maestras de las literaturas alemana y francesa.

De una riqueza también asombrosa es su aportación en el ámbito de la espiritualidad. No es momento de entrar en los

numerosos fenómenos de todo tipo, como estigmas, levitaciones, curaciones repentinas, desplazamientos milagrosos —casi todos respondiendo a un mismo modelo, repetido una y otra vez— que aún hoy siguen provocando la perplejidad de los historiadores y una utilización a mi modo de ver indebida por parte de los teólogos. Pero no es posible pasar por alto su influencia en el sentimiento religioso y su profundización de la mística.

Quizás la primera cuestión que habría que abordar es qué se entiende por mística, pues si las generalizaciones son siempre abusivas, en este terreno se muestran especialmente peligrosas. En principio, el término es equívoco, al mismo tiempo sustantivo y adjetivo, y su comprensión ha cambiado con el paso del tiempo. En el mundo medieval, al que pertenecen las beguinas, la palabra «mística»[58] sirve para calificar aquella teología que, siguiendo el camino trazado por el Pseudo-Dionisio en su *Teología mística*, describe o comenta el itinerario que conduce hacia Dios, el único «místico» en sentido propio, es decir, escondido, impensable, indecible: más allá del lenguaje, más allá del pensamiento, por superaciones sucesivas de la afirmación y la negación, mediante el desnudamiento de todas las imágenes, se realiza la «unión que está más allá de toda esencia y de todo conocimiento». No se trata pues de afectos, sentires o pensamientos, se conoce a Dios dejándole ser lo que él es, dejando que la incognoscibilidad divina se instale en el fondo del ser, sin medio, sin modo, produciéndose así la unificación del alma en Dios y de Dios en el alma. En el mundo medieval carece de sentido hablar de místicos o místicas. Será en el siglo XVII cuando aparezca como sustantivo, pasando a designar un ámbito específico, unos hechos aislables, un tipo de experiencia, unos individuos concretos, todo ello medido y delimitado por una mirada, científica, que desde fuera estudia, separa, decide qué es la mística, quiénes son los místicos, cuáles son o deben ser sus características.

No deja de ser curioso que, a excepción de san Bernardo, apenas se hable de hombres cuando se aborda la «mística

medieval». Habrá que esperar al siglo XIV, con la aparición de lo que los germanistas convinieron en llamar la «mística renana», para ver florecer una corriente puramente «masculina»: el maestro Eckhart, Suso, Taulero, Ruisbroeck... Porque sucede que también en este terreno funcionan los estereotipos, la división en función del sexo.

Aunque Baruzi, en 1925, advirtiera de que «la experiencia mística solo nos resultaría homogénea en la medida en que fuera superficial, o en la medida asimismo en que no consiguiéramos captarla»[59], se sigue manteniendo la distinción, ya clásica, de «mística nupcial» (o esponsal) y «mística especulativa» (también llamada mística del ser, mística de la esencia), afectiva una, y por tanto más propia de mujeres, intelectual la otra, por tanto más propia de los hombres; por supuesto, de vez en cuando se admiten las excepciones, siendo además san Bernardo al que se considera el iniciador de la mística nupcial en Occidente. Ciertamente, antes y al tiempo que él existieron hombres y mujeres, como Aldegunda de Maubeugue o Gertrudis de Nivelles, o las monjas del Paráclito, cuya abadesa fuera Eloísa, que consideraron a Cristo como su Esposo o escribieron comentarios al *Cantar de los Cantares* (y es posible que todavía nos esperen sorpresas, es decir, manuscritos), pero los sermones de san Bernardo en los que aplica el lenguaje erótico del texto bíblico a las relaciones del alma con Dios, marcaron de manera decisiva la espiritualidad cisterciense, con la que, al menos en un principio, las beguinas estuvieron en relación.

Sin embargo, las beguinas, en su diversidad, no encajan en una sola de esas corrientes; para hablar de ellas se utilizará el término *Minnemystik*, «mística del Amor», que establece un puente entre los dos aspectos, afectivo y especulativo, fusionados con el simbolismo del amor cortés, lo que le dará acentos nuevos. En cuanto a la llamada «mística especulativa», sus orígenes son un tanto complejos; habría que tener en cuenta el neoplatonismo de san Agustín, al Pseudo-Dionisio y Máximo el Confesor y, muy especialmente, a Escoto Erígena y Guillermo de Saint-Thierry, que recogerán la teología de la

divinización del cristianismo oriental, abandonada entonces por la teología latina, y no olvidar el platonismo del pensamiento árabe, entre otros. En realidad, el universo intelectual de aquellos siglos fue de una riqueza sorprendente, y las beguinas supieron hacerlo suyo, sin atarse necesariamente a él, gracias a su cultura tanto profana como religiosa.

Aunque al hablar de la «mística especulativa» parece obligada la referencia al maestro Eckhart, es de justicia reconocer, sin que ello suponga ningún intento de empañar su memoria, que tanto sus tesis como su lenguaje son en gran parte deudores de la corriente beguinal, en especial de Hadewijch y probablemente Margarita Porete, a las que debe también alguna de las expresiones más características de esta corriente y que más problemáticas resultaron para la Iglesia.

«Sin medio»: es decir, sobrepasamiento de las palabras, razones, signos, pensamientos, obras y virtudes. Se trata de llegar más allá de las personas, a la Divinidad, al Uno. Pero, y es muy claro en Hadewijch, esto no supone quietismo y desinterés por lo que la rodea, sino vaciamiento de todo lo accesorio, disponibilidad. El punto de partida es el «ejemplarismo», volver a ser lo que realmente se es, a lo que se era desde toda la eternidad, en Dios. Vuelta a lo que no tiene nombre, que está más allá y más acá de todo nombre, a la simplicidad de la Esencia divina, al abismo de la Divinidad, donde no existen ni nombres ni modos, para llegar a ese despojamiento total que es condición de la libertad y llegar a ser, en palabras de Hadewijch, «Dios con Dios» o, en palabras de Eckhart, «Dios en Dios».

«Sin porqué», anterior a Eckhart, aunque se le atribuya a él, pertenece por derecho propio a las beguinas: primero Beatriz de Nazaret, luego Hadewijch y Margarita. El lenguaje de *Minne*-Amor no consiente intereses bastardos, justificaciones mercenarias disfrazadas de piedad, tiene en sí mismo su razón de ser. Como escribirá Angelus Silesius casi cuatro siglos después, «la rosa es sin porqué, florece porque florece»[60].

Y todo ello expresado en el lenguaje bellísimo del amor cortés: Dama Amor, espíritu de aventura, la lírica de los trova-

dores, *trobairitz* y troveros. Se trata en definitiva de un nuevo modo de amar, de conocer y vivir; de un amor que nada detiene y nada satisface, que renueva la expresión literaria, pero también la vida, expresado con una cantidad de matices y una riqueza de imágenes de una belleza extrema. Es la vuelta del amor total a la Divinidad, pero también a la ciudad; es un canto a la pasión, pero también a la inteligencia.

Y así, cuando Eckhart es enviado, en 1313, en labor pastoral para asegurar la dirección espiritual de una gran población femenina compuesta por religiosas, terciarias y beguinas, se encuentra con que, como dice Alain de Libera, no son arrebatos, espasmos o locura lo que debe afrontar, sino ideas, todo un mundo intelectual. De ese encuentro entre la especial apertura del maestro teólogo y aquellas mujeres, muchas ya condenadas, nace la llamada mística renana.

Porque el endurecimiento de las estructuras eclesiales había hecho difícil la situación, y ya el IV concilio de Letrán (1215) había prohibido la predicación de laicos y la creación de nuevas órdenes religiosas. El recelo de la jerarquía ante los movimientos de pobreza y el deseo de controlar rigurosamente todas las formas de devoción laica, especialmente a las mujeres, junto el miedo a la herejía se vuelca, entre otros, contra las beguinas. En 1312, en el concilio de Vienne, el papa Clemente V condenaba una serie de proposiciones atribuidas a beguinas y begardos del reino de Alemania:

> Se nos ha referido que algunas mujeres, llamadas comúnmente beguinas, alcanzadas de una especie de locura, discuten de la Santa Trinidad y de la esencia divina, y expresan sobre las cuestiones de fe y de los sacramentos opiniones contrarias a la fe católica, engañando así a muchas gentes sencillas. Puesto que esas mujeres no prometen obediencia a nadie, ni renuncian a sus bienes ni profesan una regla aprobada, no son «religiosas», aunque lleven un hábito y estén asociadas a órdenes religiosas que están de acuerdo con ellas. Por ello hemos decidido y decretado con la aprobación del concilio que su modo de vida debe ser prohibido definitivamente y excluido de la Iglesia de Dios.

Tampoco Eckhart se librará de la condena, y en ésta tuvo gran importancia el haber hablado de «tales sutilezas ante las gentes del pueblo» y en lengua vulgar.

Beguinas y herejes

Para aquella Iglesia, cada vez más fuerte y centralizada, las beguinas tenían que resultar, casi necesariamente, sospechosas; eran inclasificables, porque, ¿qué eran en realidad estas mujeres, ni monjas ni laicas, siempre celosas de su libertad? Lo que de ellas sabemos procede en su mayor parte de la mirada de los otros; no parece posible encontrar una definición que las uniforme, y sus contemporáneos no la encontraron, lo que despertará todos los recelos. Resulta esclarecedor acudir a las distintas opiniones vertidas sobre el origen de su nombre.

La proximidad de *bag* (mendigar) por una parte, y *albigenses* por otra, hace de entrada a las beguinas cercanas, etimológicamente, a mendicidad y a herejía. Ésta interpretación estaría avalada por la semejanza entre *beguina* y *beige*, color del hábito de lana que portaban, al igual que los vagabundos de Dios, ascetas errantes, buscadores de simplicidad y pureza, cátaros y otros «malvivientes». En efecto, a principios del siglo XIII se denominó de la misma forma a cátaros y beguinas, pues a menudo fueron confundidos: mujeres libres, independientes, dispuestas a perderse en Dios, que pretendían la unión íntima con él y celosas de su autonomía. Presentan también grandes analogías con los amauricianos[61], a los que la *Crónica de Colonia* llama *beggini.*

Para algunos autores, el neerlandés *beggen* (charlar) estaría en el origen de beguina. Por otra parte, la palabra *béguin*, significa en francés actual, gorro, toca, y podría hacer referencia a su tocado habitual; por otra, y en expresión popular, significa capricho amoroso, enamoramiento, persona amada; *Avoir un béguin pour...* quiere decir estar encaprichado de alguien, enamorado. Al parecer podría tener un antecedente en una expresión más antigua, que se remitiría al carácter extático del movimiento en sus comienzos; hasta el siglo XV,

embéguiné no significa únicamente *entiché*, encaprichado, sino que se aplica a un estado de embriaguez, según el *Dictionnaire de l'ancienne langue française du* IX *siècle au* XV *siècle* (París, 1884).

Sea como fuere en torno al nombre, lo cierto es que desde el principio se encontraron con problemas, y así, por ejemplo, ya en el siglo XIII las beguinas fueron consideradas herejes en las comarcas del Rhin[62]. Por otra parte, el concilio de Vienne, de donde surgen las constituciones *Cum de quibusdam* y *Ad nostrum*, promulgadas por Juan XXII en 1317, y repetidas durante más de un siglo, impondrá la asimilación entre beguinas, begardos, y hermanas y hermanos del Libre Espíritu: «la secta abominable de ciertos hombres malvados y de algunas mujeres infieles llamados vulgarmente begardos y beguinas», por más que jamás formaran una secta. Se las asimilará también a los valdenses, y a casi todos los grupos que la Iglesia imaginó perniciosos. En realidad, la referencia era menos la heterodoxia tradicional que el peligro para el orden establecido, y en la medida en que la Iglesia era indisociable de ese orden, contestar determinados valores era enfrentarse a ella.

A decir verdad, gran parte de las beguinas se mantendrá dentro de la ortodoxia, algunas serán integradas en las órdenes terceras y hasta en algún momento serán alabadas, estableciéndose una distinción entre las buenas y las malas beguinas. Pero en general su situación parece poco clara y su estilo de vida inasimilable. Vivían en comunidades urbanas, cuidando enfermos (lo que no dejó de resultar sospechoso), enseñando y trabajando en el oficio de tejedoras (lo que no dejó de crearles problemas, pues ése era el oficio por excelencia de grupos considerados heréticos), visitando a los enfermos, atendiendo a los moribundos, alimentando a los pobres, y en la educación de niñas, sin depender del clero. Como si oscuros designios velaran la mirada de los observadores institucionales, todo en ellas resultará escandaloso: la apariencia externa, el comportamiento, los gestos.

Se les reprochará vivir fuera del control de la Iglesia, vivir juntas en sus casas, o mendigar por las calles, o elegir libre-

mente a sus «maestras», de las que se dice que administraban «simulacros de sacramentos». Y otro factor de confusión: el nombre de Marta, dado a las superioras de algunos beguinatos, era también el nombre dado a los dirigentes de grupos considerados heréticos; por otra parte, la intención de tal designación estaba clara: aunar la dignidad de Marta y María, de la acción y la contemplación, en contra del discurso oficial. Está también su vestimenta: llevan un hábito, y esto supone la usurpación de otro privilegio, reservado a las órdenes reconocidas por la Iglesia; el hábito es un signo, cada orden tiene el suyo, y de repente estas mujeres deciden su uso. Predican, y se había prohibido la predicación de los laicos. Por si esto no bastara, sus funciones, su trabajo, las pone en contacto con el cuerpo de los otros, vivos y muertos; el obispo de Constanza las define en pocas palabras: «...esa raza adúltera». Más vulnerables por ser mujeres, su modo de vida resultó demasiado independiente y libre, era una provocación que resultó intolerable.

Así, las beguinas aparecen ante nuestros ojos como transgresoras de fronteras, representantes de los excluidos de la sociedad en cada momento. Consideradas herejes primero, vagabundas y ociosas después[63], siempre definidas por la ideología dominante, acabarán por desaparecer junto con el mundo que las vio nacer.

El sueño que allá en el siglo XII parecía posible había sido cortado de raíz. Cuando a principios del siglo XIII, en noviembre de 1207, Inocencio III proclamó la cruzada contra los cátaros estaba en juego algo más que la «pureza» de la fe, y las consecuencias políticas, culturales, sociales y religiosas de aquella decisión fueron terribles. El papa, que se quería *imperator* de Occidente, buscó y consiguió la alianza del rey de Francia, que ambicionaba extender su dominio hacia el sur, sobre el país de los cátaros; juntos escribieron una de las páginas más negras de la historia. La cruzada se llevó a cabo con una crueldad extrema; los cruzados destruyeron el Languedoc, se quemaron los libros, se masacró a la población, se

acabó brutalmente con aquella elevada civilización. A esta cruzada, la única victoriosa, debe Francia su unificación como reino, la civilización meridional su destrucción, y Europa la presencia, cada vez más fuerte y amenazadora, de la Inquisición.

No se trata de una falsa leyenda, sino de una espantosa realidad, y me remito a un historiador fiel a la Iglesia, Joseph Lortz[64]:

> Decisiva fue la institución de la Inquisición episcopal: una bula papal del año 1184 previó el apoyo del brazo secular, lo que fue aprobado por Barbarroja; todavía no se menciona la pena de muerte. En 1229 la Inquisición adquiere su forma definitiva en un sínodo celebrado en Toulouse: el obispo debía ordenar la búsqueda de los herejes y si se mantenían en el error, entregarlos al brazo secular. Se fijan también prescripciones sobre la vestidura de los herejes y judíos arrepentidos: debían llevar de manera bien visible en los vestidos cruces o manchas amarillas. Gregorio IX convirtió la Inquisición en pontificia, dándole carácter permanente y sometiéndola directamente a la Santa Sede. Los dominicos fueron nombrados inquisidores. Como castigo adecuado para los herejes pertinaces se ordena explícitamente la pena de muerte, que debía ejecutar el brazo secular. Inocencio IV (1252) autorizó el empleo de la tortura en el proceso.

El concilio de Vienne fue, pues, tan solo un paso más en esa triste historia, pero aparece también como metáfora siniestra de lo sucedido. Además de la condena de beguinas y begardos (a la que seguirá la de Olivi, Eckhart, hermanas y hermanos del Libre Espíritu), se decide la abolición de los templarios, estableciendo así, una vez más, ese mundo subterráneo en el que habrían de vivir en adelante, y hasta nuestros días, grupos y tradiciones diversos, herejes y marginados, olvidados de la historia académica, y de este modo, sumando arrogancia a la injusticia, de nuevo condenados a la ocultación[65].

En 1307 el rey de Francia había ordenado detener a los templarios y, procesados como herejes, fueron sometidos a

tortura. En 1308, cincuenta y cuatro caballeros fueron quemados como reincidentes. Y si el mismo inquisidor que condenó al gran maestre templario condenaba a la hoguera, el 31 de mayo de 1310, a la beguina Margarita Porete, no es descabellado ver en ello algo más que casualidad; un poder se había sentido amenazado y su reacción fue terrible: la aniquilación de todo aquello que consideró amenazante.

Se produce así la destrucción del imaginario medieval, y un inmenso vacío; es lo que se ha llamado «el fin de un mundo». Aunque no tiene sentido establecer comparaciones y apreciaciones cualitativas, resulta evidente que Europa entra, en el siglo XIV, en una de las etapas más conflictivas de su historia. Ante las catástrofes que se suman ya no se duda en considerar que a finales del XIII y principios del XIV se produce «el fin de la civilización medieval». Jacques Le Goff no teme fijar una fecha, 1280, como fin de la Edad Media. Y Régine Pernoud, teniendo en cuenta el prejuicio oscurantista que acompaña a esa denominación, la reservará para los siglos XIV y XV. Pero no son solo los especialistas, pues las gentes de aquella época sintieron también que algo se había roto, y utilizarán el calificativo de «moderno» para referirse a los nuevos modos de su espiritualidad. En la segunda mitad del XIV nace la *Devotio moderna*.

A finales del XV y en el XVI la visión de la mujer austera, sometida a su marido y dedicada a la transmisión de los valores familiares, es común a muchos autores. Ignorando el espíritu cortés, sublimando la imagen de la mujeres en el culto a María, se conforma en la vida práctica el modelo de «la esposa» en el conjunto del ideal de orden, sumisión y trabajo. Las beguinas encarnan el mal: ociosas, perezosas, hipócritas, peligrosas, borrachas, de sensualidad excesiva y entregadas a los placeres de la carne[66]. Aparecen ya los valores del burgués laborioso y ordenado, del puritanismo austero, de la discreción y el trabajo como factor de estabilidad y de control social.

A partir del siglo XVI no se hablará ya de las beguinas. Las sucederán, en el imaginario naciente, las brujas[67].

NOTA

Para la traducción he tenido en cuenta las distintas versiones (citadas en bibliografía), compulsadas con la edición crítica de Van Mierlo; he atendido especialmente a las observaciones de J. B. Porion, quizás el autor que ha mostrado mayor sensibilidad (¡en los años cincuenta!) hacia Hadewijch y las beguinas.

En la introducción he querido señalar un marco amplio, que dista mucho de ser completo, con la intención de evitar notas que, de alguna manera, conduzcan e «interpreten» los poemas. El lenguaje poético posee siempre distintos niveles de lectura, provoca resonancias diferentes en quien se acerca a él y entrega libremente su sentido según el momento o la persona que le presta atención. Me limito, por tanto, a una breve indicación sobre el término *Minne*-Amor: femenino en neerlandés antiguo, masculino en castellano, presenta la dificultad añadida de la utilización que del término hace Hadewijch, unas veces referido a la Divinidad, otras al amor humano, otras a la Esencia divina, sin que se pueda saber en todo momento la referencia concreta. En algunas, pocas, versiones los traductores han optado por mantener *Minne* en la lengua de origen y en femenino; lo traduzco con la advertencia de que la opción por la mayúscula o minúscula inicial es en algunos casos insegura.

SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS

Mgd.	Mengeldichten
Str. Ged.	Strofische Gedichten

NOTAS

1. Hans Küng, *El cristianismo. Esencia e historia*, trad. de V. A. Martínez de Lapera, Trotta, Madrid, 1997.

2. Sin duda no es el número criterio de autoridad, pero entre quienes mantienen esta opinión se encuentran, además de S. Weil, estudiosos como M. Eliade, G. Durand, H. Corbin, R. Nelli, A. Faivre...

3. Eugenio Trías, *La Edad del Espíritu*, Destino, Barcelona, 1994.

4. Gilbert Durand, *Ciencia del hombre y tradición, «el nuevo espíritu antropológico»*, trad. de Agustín López y María Tabuyo, Paidós, Barcelona 1999, especialmente c. 1, pp. 20-25.

5. Citado en Georgette Epiney-Burgard y Émilie Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios, una tradición silenciada de la Europa medieval*, trad. de A. López y M. Tabuyo, Paidós, Barcelona, 1998. Especialmente valiosos son los trabajos de J.-B. Porion, a los que suelen remitirse los autores posteriores; cf. sobre todo *Écrits mystiques des béguines*, Paris, 1954.

6. Se poseen tres manuscritos en neerlandés medio, del siglo XIV, con la obra de Hadewijch, *Cartas, Poemas* y *Visiones*, y un manuscrito de principios del XVI en el que faltan las cartas y algunos poemas. La edición crítica de la obra vio la luz en 1908, y hasta 1952, gracias al paciente trabajo de Joseph Van Mierlo. Del estudio de los *Poemas* parece deducirse que parte de ellos (del 17 al 29 de los *Mengeldichten*), son obra de otra u otras beguinas (J. Snellen, Van Mierlo, J. B. Porion entre otros, la primera hipótesis; R. P. Asters y, últimamente, Georgette Epiney-Burgard, la segunda; cf. Bibliografía), pertenecientes al mismo círculo, a la misma tradición, pero de fecha más tardía (finales del XIII, principios del XIV establece Dom Porion), recibiendo por ello el nombre de Hadewijch II.

7. J. Van Mierlo, «Hadewijch une mystique du XIII siècle», *Revue d'Ascétique et de Mystique*, Toulouse, 1924, pp. 268-269.

8. Con respecto a la mística, véase p. 40 de esta introducción.

9. San Bernardo, *Sermones in Cantica Canticorum*, 70, PL 193, 1126.

10. Guillermo de Saint-Thierry, *Carta a los hermanos de Monte Dei y otros escritos*, Sígueme, Salamanca, 1995.

11. En nuestro tiempo, Simone Weil y su noción de «descreación», de honda raigambre por otra parte, aunque no en el pensamiento «oficial» dominante, se mostraría muy próxima a esta propuesta.

12. Cf. Marie-Magdeleine Davy, *Initiation á la mystique des béguines, Hadewijch*, en las «Actas del Coloquio (de la Sorbona, abril de 1983) *Mystique, Culture et Societé*, ed. a cargo de Michel Meslin.

13. Esta mirada no-dual, tan propia del vedanta advaita, pertenece también a la mística del ser. Conocidos son los estudios comparados entre Eckhart y el pensamiento oriental; comienzan ahora a realizarse con Hadewijch. Por ejemplo, el trabajo de Odette Baumer-Despeigne, «Hadewijch of Antwerp and Hadewijch II: Mysticism of Being in the Thirteenth Century in Belgium», en *Mysticism in Shaivism and Christianity*, Betina Baumer (ed.), D.K. Printworlk, N. Delhi, 1997.

14. La «teología» de Hadewijch está fuertemente marcada por el «ejemplarismo» —que retomará Eckhart y es elemento central del misticismo especulativo— eje de su pensamiento sin duda porque también lo fue de su experiencia y su vía de introversión. Nos encontramos aquí con la concepción del Dios trinitario en su comprensión oriental: en ésta, y valga la imagen, la palabra —el Verbo—, y el soplo —el Espíritu— salen inseparablemente de la boca de Dios; el engendramiento del ser humano, criatura nueva según el Espíritu, se identifica con el movimiento del engendramiento eterno del Hijo, abriendo así la puerta a la deificación del ser humano (*theosis*,) no enfrentado a Dios, sino procedente de él sin ruptura, como toda la creación, testigo de la Divinidad en su belleza. Por eso, en vez de rechazo y condena del mundo preferirá hablarse de transfiguración del mundo; de esta concepción trinitaria se apartará pronto la teología latina (iglesia romana). Simplificando un tanto, se podría decir que nos encontramos ante dos visiones que, más que enfrentadas, pudieron ser complementarias: la mirada de la teología oriental apunta hacia una religión «del ser», mientras la teología latina apunta hacia una religión «de la manera de ser». Para la teología oriental, la gracia es natural, forma parte de la naturaleza humana; gracia y naturaleza existen una en otra, la creación es buena en sí, pues es «a imagen de Dios» y el ser creado participa de la Luz increada. Para la teología latina, fuertemente marcada por el pesimismo agustiniano y su obsesión con el «pecado original», la gracia es un don sobreañadido, sobrenatural, no forma parte de la naturaleza, que es naturaleza caída.

15. Koenraad Logghe, «Hadewijch d'Anvers ... Stances poétiques», en *Vers la Tradition*, nº 76, Châlons-En-Champagne, 1999. Mantiene: «On pourrait traduire Minne par *Amour*, mais aussi par *Souvenir* (de *memini*, cf. *mémoire*); para añadir en nota: «La Minne se réfere en premier lieu à ce que Platon appelait l'*anamnesis*, le souvenir des Idées).

16. Cf. Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, trad. de A. Vicens, Kairós, Barcelona, 1996.

17. Dom Porion, *op. cit.*

18. Uno de los tópicos mayores al hablar de la Edad Media tiene que ver con las mujeres. No se ha querido caer en la cuenta de que, habitualmente, la imagen que de ellas se ofrece pertenece a una época posterior, ya «moderna». Así por ejemplo, la clausura estricta de las monjas tratará de imponerse en 1298, cuando es dictada por el papa Bonifacio VIII en la decretal *Periculoso*. Un ejemplo clásico, pero no único: el monasterio de Fontevraud reúne, a comienzos del siglo XII, a trescientas monjas y sesenta o setenta monjes; hacia 1150, el número de miembros se cifra en cinco mil, presididos siempre por una abadesa, no por un abad, según la regla, viuda, no virgen, lo que no significa anciana, pues se encuentran en las crónicas abadesas de 22 años. Por otra parte, cada vez son más los nombres de mujeres copistas, artesanas, iluministas, maestras... sacados a la luz por la investigación.

19. R. Menéndez Pidal, *Poesía árabe y poesía europea*; E. García Gómez, *La lírica hispano-árabe y la aparición de la lírica romance*.

20. Cf. Marie-Madeleine Davy, *Iniciación a la simbología románica*, trad. de Magdalena Pascual, Akal, Madrid, 1966.

21. «El símbolo explica la idea por la imagen, no la imagen por la idea.

Casi nunca es lícito desentrañar el símbolo, no existe su traducción», J. Baruzi, *L'Intelligence mystique*, Paris, 1985.

22. Hadewijch, *Visions*, trad. de Fr. J.-B. M. Porion, Paris 1987.

23. Hadewijch, *Lettres spirituelles*, Genéve, 1972, trad. de J.B.M. Porion. [Existe traducción castellana de Pedro María Bernardo, *Dios, Amor y Amante. Hadewijch de Amberes, Las Cartas*, Paulinas, Madrid, 1985].

24. De ese mundo intermedio o imaginal, Henry Corbin, el pensador occidental que más a fondo lo ha analizado, dice, siguiendo la definición de un místico sufí del siglo XVII: «es el lugar en que se espiritualizan los cuerpos y se corporifican los espíritus», reconociendo su realidad propia y específica sin caer en el psicologismo.

25. Dada la riqueza del término y la imposibilidad de precisar en cada momento la utilización que de él hace Hadewijch, alterno *Minne*, Amor y amor, así como el masculino y el femenino.

26. Georgette Épiney-Burgard y Émilie Zum Brunn, *op. cit.*

27. Sobre las teorías del amor y el arte de amar, cf. *L'Art d'aimer au Moyen Âge*, Michel Cazenave, Daniel Poirion, Armand Strubel, Michel Zink, Paris, 1998 [*El arte de amar en la Edad Media*, trad. de A. López y M. Tabuyo, Olañeta, Palma de Mallorca, 1999].

28. Cf. el excelente trabajo de Marirí Martinengo, con una interesante bibliografía, *Las Trovadoras, poetisas del amor cortés*, horas y Horas, Madrid, 1997, trad. de Mª Milagros Rivera Garretas y Ana Mañeru Méndez.

29. Cf. nota 14. La ruptura entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente se consumó, tras numerosos conflictos, en el siglo XI, si bien la teología oriental siguió inspirando la vida monástica, al menos hasta la irrupción de la escolástica.

30. Lo hace notar Denis de Rougemont, *op. cit.*, libro II, c. 9. Para una profundización mayor, cf. los trabajos de Henry Corbin, especialmente, *L'Archage empourpré: quinze traités et récits mystiques de Sohravardî*, Paris, 1976; *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn 'Arabî*, trad. de A. López y M. Tabuyo, Destino, Barcelona, 1993. Sobre Hallaj, cf. Louis Massignon, *Ciencia de la compasión, Escritos sobre el Islam, el lenguaje místico y la fe abrahámica*, trad. de Jesús Moreno Sanz, Trotta, Madrid, 1999; *La passion d'Al-Hallaj*, Paris, 1921 [está a punto de aparecer la edición abreviada, trad. de A. López y M. Tabuyo, Paidós, Barcelona, 2000] Y para una visión general de la mística musulmana, cf. Annemarie Schimmel, *Mystical Dimensions of Islam*, New York, 1975 [traducción castellana de A. López y M. Tabuyo, Trotta, Madrid, 2000]

31. H. Corbin, *En Islam iranien* III, *L'«histoire» des fidèles d'amour*, Paris, 1972.

32. J.-B. M. Porion, *Visions*, cit., nota a la cuarta visión.

33. Cf. especialmente, además de la obra de Ibn 'Arabî, el sugerente trabajo de H. Corbin, *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn 'Arabî*, op. cit.

34. Apenas existen estudios, al menos que yo conozca, sobre las místicas del Islam, por lo que no he podido remitirme a ellas; no obstante, pienso que podrían establecerse interesantes paralelismos. Por ejemplo, entre los

escritos de Hildegard von Bingen, las *Visiones* de Hadewijch, y algunos textos de Rabi'a (m. 801) como el siguiente: «... Y vi en sueños un árbol de un frescor verdeante, de una talla y belleza incomparables; en este árbol crecían tres tipos de frutos que no se parecían nada a los frutos de este mundo y que eran del grosor de un seno de virgen: un fruto blanco, un fruto rojo y un fruto amarillo, que resplandecían como los astros sobre el fondo verde del árbol», en Smith M., *Rabi'a the mystic and her follow saints*, Cambridge, 1928.

35. «El siglo XII trató de incluir el amor a Dios y el amor carnal. Pero el amor cortés, con su exaltación de la mujer y el desprecio del matrimonio, es contrario a la moral de la Iglesia, que tratará de cortarlo de raíz, como cortó el tema de la Madre Cósmica», Marie-Madeleine Davy, *op. cit.*. Cf. también, J. Markale, *La grande déese*, Paris, 1977.

36. Que debieron pagar un alto precio por ello y, es un ejemplo entre muchos, menos de un siglo después Margarita Porete pagaría en la hoguera su «atrevimiento». Cf. *infra* apartado beguinas.

37. Hadewijch escribe en los mismos años en que Guillaume de Lorris comienza el *Roman de la Rose*, y von Eschenbach desarrolla el ciclo del Graal, iniciado a finales del s. XII por Chrétien de Troyes, en la corte de María de Champagne e influido por ella.

38. M. Zink, *L'Art d'aimer au Moyen Âge,* cit.

39. Sobre la historia del Graal y su enorme riqueza simbólica, así como sobre las tradiciones que recoge, cf. H. Corbin, «La lumière de Gloire et le Saint Graal», en *Islam iranien* II, Paris, 1971. Tanto en este tema como en otros, M. Eliade sigue a Corbin en su interpretación (aunque no siempre le cite), llegando con él a una interesante conclusión: «el simbolismo del ocultamiento del Graal expresa la inaccesibilidad de una tradición secreta a partir de en un momento histórico determinado», cf. M. Eliade, *Historia de las Creencias y de las Ideas Religiosas* III/1, Madrid 1983.

40. Hablo en singular, sin que ello suponga descartar la posibilidad de una autoría plural.

41. No es solo Hadewijch; Matilde de Magdeburgo, Beatriz de Nazaret, Margarita Porete, por citar solo a algunas, son testigos privilegiados de ello.

42. Las afirmaciones de Ruisbroeck se encuentran prácticamente en toda su obra, éstas pertenecen al *Libro de la más alta verdad*, incluido en el excelente trabajo de Teodoro H. Martín, *Juan Ruusbroeck, Obras*, Madrid, 1985, del que difiero en el análisis de este punto concreto.

43. No hay espacio para entrar en ello, pero queda por estudiar su posible influencia en san Juan de la Cruz, en cuya obra resuenan sus imágenes, así como el eco de la «mística de la esencia». Hasta ahora, y dado que Hadewijch era todavía una desconocida, se han realizado importantes estudios que establecen la influencia de la mística renana, partiendo de Eckhart, en aquél. Véase, por ejemplo, el trabajo ya clásico de J. Orcibal, *Saint Jean de la Croix et les mystiques rhéno-flamands*, Desclée de Brouwer, Paris, 1966, y las atinadas observaciones de M. Bergamo en *La anatomía del alma*, trad. de Diana Segarra Crespo, Trotta, Madrid, 1998, que extiende la influencia de la «mística de la esencia» a Teresa de Jesús, aunque ya desdibujada.

44. Su obra, *El espejo de las almas simples*, ha sido estudiada y traducida por Blanca Garí y Alicia Padrós, Icaria, Barcelona, 1995.

45. Opto por Isolda, en lugar de Iseo, dada su resonancia «solar», pues no en vano se hablado de ella, acertadamente, como «mujer de sol», siendo considerado Tristán un «hombre luna».

46. «Amo las inscripciones que se refieren a los dioses inquietantes: el dios-Luna Sin..., Dat-Badan, la diosa-Sol, y Ouzza, dios-Venus masculino, nombrado en inscripciones pero todavía desconocido [...] No puedo dejar de pensar en la sexualidad del pueblo que concibió a Venus como un hombre, vio en el Sol el signo femenino de la fecundidad, y en la Luna un padre clemente y pacificador...» A. Malraux, *Antimémoires*, citado por M. Cazenave, *op. cit.*

47. Y continúa: «Y así, a las estructuras del mundo que se pretende imponer, Tristán e Isolda oponen, se podría decir que naturalmente, según su ley de naturaleza, la desmesura de una pasión que sobrepasa los límites, que hace arder el corazón, el alma y los miembros de cada uno de los amantes, y, ordenándose alrededor de la magia irlandesa, se entregan allí en una ebriedad que afecta a la constitución ontológica del mundo», M. Cazenave, *op. cit.*

48. Mino Bergamo, *La anatomía del alma*, cit., p. 146.

49. Simone Weil, *Echar raíces*, trad. de J. C. González Pont y J. R. Capella, Trotta, Madrid, 1996.

50. Gilbert Durand, *Ciencia del hombre y tradición*, cit.

51. Afortunadamente, en los últimos años se han multiplicado los trabajos y publicaciones que nos muestran «otro rostro» de la historia y dan a conocer el importante papel de las mujeres en todos los ámbitos: pensamiento, música, arte, etc. ; y esto, de justicia es reconocerlo y puede apreciarse en la bibliografía final, gracias al empeño de muchas investigadoras que se esfuerzan además por sacar a las mujeres del ghetto histórico al que se las margina (pues otra forma de marginación, más sutil, es mostrar a «la» mujer que destacó en un determinado momento, como «rara avis» de su género), situándolas en su tiempo, en relación con su tiempo y con los movimientos de su tiempo, pues no existieron aisladas. Sin embargo, pesa todavía demasiado en el campo de los especialistas (también, lo que es más escandaloso, en los que investigan precisamente pensamientos, movimientos y grupos rechazados) el estereotipo de la historia en masculino, olvidando incluso a aquellas mujeres que fueron reconocidas en su tiempo, o que formaron parte de grupos que, por su misma ideología o visión de la realidad, se estructuraron como igualitarios. La desaparición de las mujeres de la historia que se narra supone, necesariamente y para todos, un gran empobrecimiento, pues es la desaparición de la cultura, los valores y las visiones del mundo que existieron y existen en cada momento histórico.

52. En la península ibérica, se tiene noticia de beguinatos en Cataluña; y en la corona de Castilla, según se desprende por un documento dado por Enrique II al arzobispado de Sevilla en 1371, publicado por Manuel González Jiménez («Beguinos en Castilla. Nota sobre un documento sevillano», *Historia, Instituciones y Documentos*, publicaciones de la Universidad de

Sevilla (separata del nº 4). Cit. por E. Mitre y Cristina Granda en *Las grandes herejías de la Europa cristiana*, Istmo, Madrid, 1983.

53. En 1321, una carta del papa Juan XXII cifra en doscientas mil las beguinas «fieles de la Alemania occidental».

54. Contamos también con la vida de Odile de Lieja, beguina (1220). Thomas de Cantimpré relata la existencia de santa Cristina de Bélgica, a la que se llama también *Christina Mirabilis* (m. 1235), y de Margarita d'Ypre (m. 1237). También nos dejó la vida de Ida de Louvain (ca. 1250), beguina antes de ser cisterciense y la de santa Lutgarda d'Aywières (m. 1246), monja cisterciense, que también parece estar en estrecha relación con las beguinas. La vida de Julienne de Cornillon (m. 1258) que formaba parte de una comunidad de beguinas dedicadas a atender a los leprosos, parece haber sido escrita por una amiga suya, la reclusa Eva de Saint-Martin. Y otras muchas a las que de nuevo, y gracias a pacientes trabajos de investigación, se está prestando atención.

55. *Margarita Porete, El espejo de las almas simples*, cit. Sobre Margarita, Hadewijch, Beatriz de Nazaret y Matilde de Magdeburgo, cf. Georgette Épiney-Burgard y Émilie Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*, cit.

56. Cit. por Blanca Garía y Alicia Padrós-Wolff en *Margarita Porete, El espejo de las almas simples*, cit.

57. Cit. por Alain de Libera, *Penser au Moyen Age*, Paris, 1991.

58. Acerca del significado y evolución de la palabra, cf. Juan Martín Velasco, «Mística, uso y abuso de un término impreciso», en *El fenómeno místico, estudio comparado*, Trotta, Madrid, 1999.

59. Jean Baruzi, *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, trad. de C. Ortega, pp. 646-649, Valladolid, 1991.

60. Angelo Silesio, *El peregrino querubínico*, trad. de Francesc Gutiérrez, Olañeta, Palma de Mallorca, 1985.

61. Seguidores de Amauri de Bene. Éste y sus discípulos, ligados a la universidad de París, inspirados por Scoto Erígena y el neoplatonismo, formularon la encarnación del Verbo de Dios en los creyentes, y por tanto su divinización; anunciaban llegada la Edad del Espíritu y la derrota final del Anticristo, representado por el papa y la Iglesia de Roma. Se suele unir su doctrina al nacimiento del movimiento del Libre Espíritu.

62. Jean-Claude Schmitt, *Mort d'une hérésie, l'Église et les clercs face aux béguines et aux béghards du Rhin supérieur du* XIV *au* XV *siècle*, Paris, 1978.

63. Para la mirada que Iglesia y sociedad dirigen a las beguinas, cf. el excelente trabajo de J.-C. Schmitt, *op. cit.*

64. J. Lortz, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, v. 1, Cristiandad, Madrid, 1982, examina el papel del papado y su pretensión de poder universal, reconoce la masacre indiscriminada que supuso la cruzada contra los cátaros: «De ellas fueron víctimas no solo los herejes, sino a veces toda la población de una ciudad. Por un celo poco inteligente y cruel, parece ser que un legado pontificio, a la pregunta del jefe de la expedición, pronunció la terrible frase: "Matadlos a todos; Dios sabrá encontrar a los suyos"», p. 451, n. 25; en cuanto a la Inquisición, cf. pp. 454-455.

65. Habría que tener siempre en cuenta que no se puede confundir el pensamiento dominante en una época con todo el pensamiento de esa época; olvidar las tendencias, dejar de lado a quienes a su vez fueron dejados de lado o silenciados, ofreciendo una visión lineal y uniformadora de la historia, no deja de ser una postura peligrosamente totalitaria, sin que importe que se llamen progresistas o conservadores quienes la mantengan. Dicho esto, hay que subrayar el auge adquirido a lo largo del siglo XX por los estudios sobre los movimientos espirituales más o menos subterráneos o marginales, aunque todavía no hayan recibido el eco que merecen. A título de ejemplo, la prestigiosa colección *World Spirituality,* que ha dedicado 25 títulos al estudio de las religiones de todo el mundo, realizados siempre por importantes especialistas en cada materia, consagra un volumen al estudio de algunas de esas corrientes: *Modern Esoteric Spirituality* (ed. a cargo de A. Faivre, J. Needleman y K. Voss, Crossroads, New York, 1995), en el que se analizan temas tales como la alquimia medieval, el pensamiento de J. Boehme, la cábala y el hermetismo renacentista, etc., su pervivencia y sus raíces. En esa línea cabe citar también a Henri de Lubac y su obra sobre *La posteridad espiritual de Joaquín de Fiore* (Encuentro, Madrid, 1989), los trabajos sobre hermetismo de Francis A. Yates y, posteriormente, de Joscelyn Godwin, sobre alquimia de Silvain Matton, sobre teosofía cristiana de Pierre Deghaye, y un largo etcétera en el que se deben incluir las obras citadas en nota y bibliografía.

66. Sebastian Brant, «*Nef des fous*». cit. en Bernard Gorceix, *Amis de Dieu en Allemagne au siècle de Maître Eckhart*, Paris, 1984.

67. En el cruce, a medio camino en la imaginación popular entre la bruja y la santa, está por ejemplo Juana de Arco: «lo que la llevó a la hoguera, además de los odios políticos, fue el carácter inmediato de su misión, recibida de una autoridad interior [...] la tesis según la cual Juana habría sido terciaria franciscana se apoya exclusivamente en el hecho de que un documento contemporáneo (*Chronique de Morosini*, 1429) la declara expresamente *beguina*». Cit., Porion, *op. cit.*

POEMAS
DE HADEWIJCH DE AMBERES

I

Por frío que aún sea el invierno,
breves los días y las noches largas,
el altivo verano se acerca a grandes pasos
librándonos de la tristeza.
Al llegar la primavera
hacen los avellanos sus amentos:
no hay signo más fiel.
—*Ay, vale, vale millies*—
¡Vosotros que, en esta primavera,
—*si dixero, non satis est**—
queréis gustar la dicha del Amor!

Las alma nobles
tendrán un pensamiento recto y puro
en toda justa que afrontan por Amor:
«Aquí la victoria me espera;
quiero vencer; que Dios me dé
lo que se encuentra en el único Amor.
Si tal es su deseo,
el desastre será mi honor».
—*Ay, vale, vale millies*—
¡Vosotros, que por amar al Amor,
—*si dixero, non satis est*—
afrontáis con entereza la aventura!

¿Qué haré, pobre mujer que soy?
¿odiaré la fortuna?
¡Ay! ¡qué pena vivir me causa!
amar no puedo, mas tampoco dejar de amar.
El azar y el destino
me son por igual adversos:

* Refrán latino de saludo, de adiós, de bendición: «Salud, salud, decirlo mil veces no bastaría».

¡abandonada de mí misma y de todos!
Qué ofensa a la naturaleza
—*Ay, vale, vale millies*—
¡Amigos míos, conmoveos
—*si dixero, non satis est*—
por aquella a la que Amor así hace llorar!

¡Ay! me prendé del Amor
nada más oír su nombre
y por entero me entregué a su voluntad.
Por eso me condenan todos,
amigos o extraños, jóvenes o viejos,
por servirle con todo mi ser;
en buena disposición con todos,
pido para ellos todo favor de Amor.
—*Ay, vale, vale millies*—
Amigos míos, no escatiméis esfuerzos,
—*si dixero, non satis est*—
si dura os parece mi suerte.

¡Ay! ¡pobre de mí! no puedo darme la vida,
tampoco la muerte.
Dulce Amor, ¿por qué
esas gentes quieren hacerme daño?
Que os dejen el cuidado
de castigar mis faltas:
vos me haréis justicia
y ellos no tendrán ningún daño.
—*Ay, vale, vale millies*—
No dais testimonio de amor, sino de odio,
—*si dixero, non satis est*—
quienes no dejáis que Amor actúe.

Examinan indiscretos mi alma,
mas ¿quién de ellos puede amar al Amor?

Más les valdría seguir el camino
que conduce hasta vos.
Pretenden ayudaros a guiarme
sin necesidad ninguna:
vos sabéis castigar o absolver
y sometemos a la prueba de la verdad.
—*Ay, vale, vale millies*—
Amigos, tomad el partido de Dios,
—*si dixero, non satis est*—
ya dispense gracia o justicia.

¡Ah! con sabiduría Salomón nos exhorta
a no escrutar los secretos
más allá de nuestra fuerzas,
y a no aventurarnos
en empresas que superen
nuestros débiles recursos,
sino a dejar que Amor
nos encadene o libere.
—*Ay, vale, vale millies*—
Vosotros que, hacia el secreto del Amor,
—*si dixero, non satis est*—
subís cada día un peldaño.

Nimios son los pensamientos del hombre,
infinito es el poder de Dios.
Sólo es sabio el espíritu:
sea para él nuestra alabanza,
y que él dicte sentencia
de venganza o perdón.
No hay acto tan lejano
que escape a sus ojos.
—*Ay, vale, vale millies*—
Almas al Amor rendidas,
—*si dixero, non satis est*—
que en todo agradáis a su mirada.

Que Dios nos dé el sentido nuevo*
de un amor más libre y noble.
Que nuestra vida, en él renovada,
reciba toda bendición.
Que el sabor nuevo aporte la vida nueva,
como la da Amor en su puro frescor.
Amor es recompensa nueva y poderosa
para quienes renuevan su vida en él.
—*Ay, vale, vale millies*—
Los que de nuevo queréis conocer
—*si dixero, non satis est*—
en la nueva primavera el nuevo Amor.

(*Str. Ged.* I)

* La en ocasiones casi excesiva repetición del adjetivo «nuevo» por parte de Hadewijch a lo largo de su obra ha llevado a sospechar su pertenencia a la «secta» de las hermanas y hermanos del «nuevo espíritu» (*de novo spiritu*), sin que nada por lo demás haya venido a probarlo o desmentirlo.

II

Mil signos muestran
—los pájaros, las flores, los campos y los días—
que sobre el invierno y sus penas
pronto festejarán la victoria.
Las caricias del verano
prometen cercanas alegrías,
mientras yo sufro golpes tan fuertes.
Estaría igual de contenta
si Amor me diera la dicha,
pues jamás me tuvo en su gracia.

Pero ¿qué le hice a la dicha
para que día tras día su hostilidad me muestre,
para que el destino me oprima
más que a nadie
y deje mi fe sin recompensa
o me sonría, a lo más, un instante fugaz?
¡Ah! sin duda es culpa mía:
debo abandonarme, y por los caminos
vagar sola a merced del libre Amor.

Si pudiera fiarme al Amor
recobraría la paz y el sosiego
¡si al menos estuviera segura
y supiera que mide los sufrimientos
y contempla las penas
que tan fielmente soporto por Él...!
No sería demasiado pronto, creo:
mi escudo está tan golpeado
que no hay lugar para otra herida.

Quien de buen grado llevara estas desgracias,
tendría aquello de que mi alma carece:
sufrir sin amargura
pérdidas, daños, corazones hostiles,

y en la prueba, por dura que fuere, encontrar
la fortuna más alta.
Quien así haya vivido
conoció la sabiduría verdadera,
de la que yo carezco.

Dos veces poderoso, Amor nos da
sucesivamente consuelos y heridas.
Tan pronto golpea como cura:
¿cómo ponerse a resguardo de tanta inconstancia?
Uno arriesga sin queja cuanto tiene
y Amor no le revela sus secretos;
al otro le da, si le place,
los dulces besos de su boca;
y a otro, si quiere, lo condena al destierro.

¡Ay! ¿quién librará de su pena
a aquel a quien Amor condenó al destierro?
¡El mismo Amor! Que el alma se defienda
y le haga frente sin temor,
teniendo por igual
el gozo y el dolor que otorga.
Que sin diferencia acoja sus dones
y conocerá las maravillas del Amor
y el júbilo más puro.

Después de la tempestad, viene el buen tiempo,
así lo constatamos a menudo;
cólera una noche, el día siguiente paz:
así se hace fuerte el amor.
A quien Amor en ese crisol fortalece,
tan audaz las penas le vuelven
que lanza por fin su reto: ¡Soy todo vuestro!
¡No tengo otra cosa, Amor, de la que pueda vivir,
sed mío por completo!

Si el destino que con su odio me hostiga
por fin me dejase curar,
podría ser toda del Amor,
y entonces mi pena daría su fruto.
En sus aguas profundas y temibles
leería su veredicto, me entregaría toda,
y mi amor sin reserva acogería al Amor.
Y mi hambre, por fin, se aplacaría.

Lentos en satisfacerle,
permanecemos ajenos al Amor.
Y ahí está nuestra miseria. ¡Ah! Sabedlo todos,
quien sin cobardía supiera complacerle
tendría su reino y todos sus tesoros.

(*Str. Ged.* III)

III

Por tristes que estén la estación y los pajarillos,
no debe estarlo el corazón noble.
Pero quien quiera afrontar los trabajos de Amor
de Él sólo tendrá que aprender
—dulzura y crueldad,
alegría y dolor—
lo que hay que probar en el servicio de Amor.

Las almas elevadas que en Amor crecieron,
capaces de amar en la insatisfacción,
deben ser siempre
fuertes y atrevidas,
dispuestas de continuo a aceptar
el consuelo o la aflicción
que Amor les reserve.

Los caminos de Amor son inauditos,
como bien sabe quien pretende seguirlos;
turban de repente al corazón resuelto,
el que ama no puede encontrar constancia.
Aquel a quien Amor
toca en el fondo del alma
conocerá muchas horas sin nombre [de desolación].

Tan pronto ardiente, tan pronto frío,
tan pronto tímido, tan pronto audaz;
muchos son los caprichos del Amor.
Pero a cada momento nos recuerda
nuestra inmensa deuda
con su elevado poder
que nos atrae y nos reclama para Él solo.

Tan pronto gracioso, tan pronto terrible,
próximo ahora, lejano después;
para quien le conoce y en él confía,
esto mismo es el gozo supremo.
¡Cómo Amor abraza y golpea a la vez!

Tan pronto humillado, tan pronto exaltado,
oculto ahora, revelado después;
para ser colmada por Amor un día
hay que correr riesgos y aventuras
hasta alcanzar
el punto en que se degusta
la pura esencia de Amor.

Tan pronto ligero, tan pronto pesado,
oscuro ahora, claro después;
en la dulce paz, en la asfixiante angustia
dando y recibiendo,
ésa es la vida de aquellos
que se pierden
en los caminos de Amor.

(*Str. Ged.* V)

IV

Desde que marzo ha vuelto,
todos los seres despiertan,
la hierba nace en la pradera
y en poco días verdea.
Así hace nuestro deseo,
así se despierta Amor.
No hay nada que no reclame,
nada detiene su audacia:
quiere que todo se entregue
y que amar sea nuestra vida.
Un hondo dolor le embarga
a poco que falte en la ofrenda.

Quien por la senda del Amor se adentra,
que con fidelidad se entregue
a toda obra de bondad
en honor del único Amor,
a quien sirve, y toda su vida
mantenga su elección sublime.
Del mismo Amor recibirá
la fuerza que le falta
y el fruto de su deseo.
Pues Amor jamás puede
rechazar a quien le ama;
da más de lo que se espera
y de lo que él mismo hizo esperar.

Quien duda en sus días de prueba
es como la rama tierna
golpeada por la helada:
no satisface al Amor
y amar le pesa.
Sus hojas ya no verdean:
ninguna flor se abre el día
en que no luce el sol verdadero,

en que no brilla el Amor
por quien florece el pensamiento.
Ganancia o pérdida:
con una y otra contentaos por igual.

Quien en su juventud
se consagra al Primer Amor,
y con todo su ser se somete
entregándole el corazón;
quien en las puras virtudes
le consagra su espíritu,
dispondrá libremente
de su extraño poder:
tendrá la plenitud
a la que nada puede faltar,
y mediante dulce violencia
se adueñará del Amor.

¡Ay, de mí! exiliada,
¿dónde encontraré la prenda
de Amor que me consuele
y me ayude a soportar mi pena?
Me esquiva cuando le atisbo
y trato de seguir sus pasos
sin lograr ningún favor:
¡me traiciona con descaro!
Faltan a mi corazón palabras
para expresar su desdicha.
La agonía no es tan dura
como el hambre de amor.

Si Amor quiere todo mi amor,
¡que se entregue por entero!
No según mis deseos,
cuya estrechez bien conozco,
a pesar de que por él
mi alma está consumida.

¡Ah! no tengo de qué vivir:
¡tú bien lo sabes, Amor!
Nada mío conservé,
dame, pues, de lo que es tuyo.
Mas por mucho que me des
solo todo podrá saciar mi hambre.

¿Cómo tener paciencia
quienes vivimos del Amor,
si nos precede en el camino
y siempre se nos escapa?
¡Oh! la más dulce de las criaturas,
el rechazo que sufro de vos
no es lo que me enardece.
Pero piedad para vuestros amigos,
fieles servidores,
que negándose a sí mismos
solo vuestra esencia buscan.

Ahora, como almas cautivas,
exiliadas en su patria
bajo un poder extranjero,
vagan por el mundo errantes.

(*Str. Ged.* VI)

V

Por el Año Nuevo esperamos
una nueva estación,
nueva floración
y mucha alegría nueva.
Que viva dichoso
quien sufre por Amor,
¡pues no escapará!
En su riqueza y poder,
siempre afable y dulce en su acción,
Amor compensa con su dulzura
todas las penas nuevas.

Qué nuevo era a mis ojos
quien servía al Amor nuevo
con lealtad renovada;
así debe hacer el novicio
cuando el Amor se le muestra.
Pocos amigos tendrá que le importen
si se entrega al Amor.
Pues Amor ofrece dones nuevos,
un espíritu nuevo
en su toque nuevo.

Amor es nuevo a cada instante
y se renueva cada día.
A quienes se renuevan hace renacer
a un bien siempre nuevo.
¡Ay! ¿se puede seguir en la vejez,
renunciando al amor
en pena y sin provecho?
Pues se ha separado del camino nuevo
y le escapa la novedad
de un amor nuevo
en el amor esencial de los nuevos amantes.

¡Ay! ¿dónde está el nuevo Amor
con sus dones renovados?
Mi angustia me hace sufrir de nuevo,
mis sentidos desfallecen en el furor de Amor.
El abismo en que me hundo
es más profundo que el mar,
y sus simas, aún más hondas,
renuevan mi herida.
Nunca sanaré
si no encuentro su fresca novedad.

Pero a lo sabios, ancianos renovados,
que de nuevo se dan al Amor y a él se entregan por completo,
los llamo jóvenes y ancianos.
Viven en la exaltación,
pues se afilian al Amor
y con celo lo contemplan.
En el amor crece su fuerza,
pues deben practicarlo cual novicios
y, como ancianos, apoyarse en el Amor,
para que el Amado los lleve donde quiera
en su espíritu renovado con renovado celo.

Quienes siguen la nueva escuela del Amor
con amor nuevo,
en su consejo renovado,
en el honor de una fidelidad nueva,
parecen vagar sin meta.
Pero son por completo engullidos
por la desdicha de Amor,
mientras por él languidecen.
Y vuelve luego la claridad nueva
con cada nueva verdad,
trayendo revelación nueva
que me confía en secreto.

Qué dulce es la buena nueva,
por más que traiga
dolores y sufrimientos nuevos.
Es confianza nueva
pues Amor nos pagará
con alta y nueva dignidad.
Amor nos elevará
al más alto consejo del Amor,
donde se encuentra la novedad en plenitud
y en alta fruición renovada.
«El Amor nuevo es todo mío»,
¡Ah, raro es este favor nuevo!
¡Que nuevos y renacidos
desconfíen y desafíen
a todos los que temen esta renovación
y se renuevan con novedades extranjeras!

(*Str. Ged.* VII)

VI

Callan ahora los pájaros
que alegremente cantaban,
se apacigua el vibrar de sus alas
cuando la primavera se aleja.
Cuando se el año se renueve
fieles a su victoria
la festejarán con más brío.
Para eso nace el pájaro,
lo comprenderás si lo escuchas.

Mas dejo a los pájaros,
cuyo duelo es tan fugaz como su dicha,
y lloro un mal que me hiere muy hondo:
ese Amor que debemos afrontar,
que supera con su carga nuestras fuerzas
y nos hace correr tras placeres extraños
para escapar a sus golpes.
¡Ah, qué gran desdicha la nuestra!
¿Quién nos librará de tanta cobardía?

Conozco a valientes de brazo fuerte,
en quienes poder confiar:
fieles al servicio del Amor,
penas, dolores, destinos cambiantes,
nada les impide explorar
los dominios ofrecidos por Amor al amante:
su alma atrevida y noble
sabe lo que Amor por amor enseña
y cómo al amar se honra al Amor.

¿Y qué nos impediría,
si el amor puede vencer al Amor,
lanzar al asalto nuestro ávido corazón
confiando en Su causa,
prontos a servirle en todo?

Entonces contemplaríamos su nobleza,
pues el alba de amor no se levanta
sino donde ninguna pena se rehúye por Él,
donde el corazón fiel no se arredra ante ningún tormento.

A menudo pido socorro como alma perdida.
Cuando venís, Amor mío,
me consuelan vuestras gracias nuevas
y de nuevo emprendo mi atrevida cabalgada;
soy para mi Amado la más dichosa,
como si todos los seres del Norte y el Poniente,
de Levante y Mediodía, me dieran su fuerza...
Y de pronto me encuentro derribada.
¡Ay! ¿De qué me sirve contar mis penas?

(*Str. Ged.* X)

VII

Pronto la primavera
hará florecer los campos.
Así harán los corazones nobles
elegidos para el yugo del Amor;
la fe en su alma florece
y lleva su fruto de nobleza.
Solo la fidelidad penetra
el sentido divino de la palabra.
El amor, firme en lo alto,
une para siempre a quienes se unen.

«Mi yugo es suave, mi carga,
ligera», nos dice el Amante:
Amor dijo estas palabras
que fuera del Amor no se comprenden.
Quien se exilie de su reino
encontrará pesada
cualquier carga
y se verá amenazado en cualquier parte;
la ley del esclavo es el temor;
amor, la ley de los hijos.

¿Cuál es pues ese peso ligero,
ese yugo que dicen es suave?
Es la carga que en lo más secreto
el puro Amor nos confía,
haciendo una las voluntades
y uniendo a los seres ya para siempre.
Toda el agua que saca el deseo
la bebe el amor, y no se sacia.
Amor exige al amor
más de lo que la inteligencia entiende.

¿Quién puede adivinar cómo
se mira a Quien se ama
cuando el corazón está henchido de amor?
No quiere perder un instante,
sino siempre padecer con Él
y contemplar fielmente
en su noble rostro
lo que ordena a nuestra alma.
Entonces, por fin, la verdad
ilumina las dulces penas.

Lo que debemos hacer
lo sabemos en un destello
cuando Verdad nos revela
cuánto faltamos a Amor:
cual tempestad, el dolor
embarga entonces al corazón noble.
Mas lee en el rostro puro
de su Amor lo que debe dar
para satisfacerle.
Y esta claridad le consuela.

Quien se dé por entero al Amor
experimentará gran maravilla;
con amor se unirá en la unidad
al Amor contemplado
y beberá por la arteria secreta
de esa fuente en la que Amor
derrama su amor
y con amor embriaga a sus amigos,
asombrados ante su furor.
Es conocido del sabio,
mas ningún extranjero lo sabe.

A quienes esta languidez consume
Amor les prepara el corazón
para que viva con su alimento.
Como Amor, al Amor acogen
y no temen ya el destino:
«Él está en mí y yo estoy en Él».
En esta libertad ardiente
¿quién les podría turbar?
¡Hasta vosotros le servís dócilmente,
astros del día y la noche!

(*Str. Ged.* XII)

VIII

En todo lugar
aparece la estación nueva,
alegres están los pajarillos
y el valle y la montaña florecen.
Todo lo que vive
se libra
del tormento del invierno cruel.
Y sólo yo,
sólo yo muero,
si pronto Amor de mí no se apiada.

Mi cruel destino
lanzó contra mí ejércitos
venidos de todas partes.
Mis caminos, antes libres,
se encuentran ahora ocupados.
Se me niega la paz,
¿no concede tregua alguna
el exceso de dolor?
Si el Amado
me conduce a su victoria,
le daré gracias por siempre.

Todo lo conquista Amor,
¡que también a mí me otorgue el triunfo!
Amor conoce toda miseria,
que me deje decir
cuán duro
¡ay, cuánto!
es esperar su consuelo.
Es tan dura la prueba
que mis sentidos, abrumados, sucumben.

Por Amor quiero lograr
la victoria sobre la miseria y el exilio,
y sé que debe ser mía.
Mas surge tanto infortunio en mi camino
que a menudo
he soñado morir
desde que el Amor me hirió.
No me importa
carecer de todo
si Amor me acoge en su Reino.

En mis años de juventud,
cuando conocí las armas del Amor,
me regaló un sinfín de promesas,
bondad, saber, fuerza, riqueza;
y el día
en que estuve dispuesta
a pagar gustosamente la deuda,
fue como si él quisiera
unirme a él sin pedir nada.
¿Qué queda, Amor, de aquel inmenso ardor?

Así Amor me engañó,
mostrándome llena la mesa
de manjares que seducen
con sus delicias
a la juventud inexperta;
y por ese regalo
sufrí de buena gana dolores y penas.
Y ahora repito
quejas y lamentos
hacia él, ayer tan generoso.

Amor vive, bien lo sé,
de las penas que soporto
y el saberlo
me hace más llevadero el dolor.

Desdicha y alegría,
pena y dulzura,
escondo a los extranjeros los secretos de mi corazón.
En lo más alto del espíritu,
bien lo sé,
el amor al amor debe pagar con amor.

Al noble Amor
me he dado por completo:
pierda o gane,
todo es suyo en cualquier caso.
¿Qué me ha sucedido
que ya no estoy en mí?
Sorbió la substancia de mi mente.
Mas su naturaleza me asegura
que las penas de amor son un tesoro.

Sé que Amor lo merece:
ganar o perder, qué más da.
Lo que único que deseé
tan pronto Amor tocó mi corazón
fue satisfacerle
en cualquier exigencia;
lo que hice lo atestigua.
Soportando sus golpes
vi en su rigor mi bien.

Quien quiera satisfacer al Amor,
que nada se reserve, le aconsejo,
sino que entregue todo su ser
y viva para esta obra sublime,
secreta para los amantes,
desconocida a los extranjeros
que del Amor no comprenden la esencia.
Quien no se arriesgue
a los dulces extravíos en la escuela del Amor,
lo ignorará para siempre.

Por cruelmente que me hiera
nunca renunciaré
a lo que el Amor me ha impuesto,

(*Str. Ged.* XVI)

IX

Cuando se renueva el año
y el valle y la montaña
están todavía oscuros y sombríos,
florecen ya los avellanos:
así sucede al amor, que aun entre penas
no deja de crecer en verdad.

¿Qué hacen en el corazón alegría y primavera,
compañeras gozosas del amor,
si aquella a quien Amor no escucha
no encuentra ya en el mundo
en qué fiarse y descansar,
y guarda en el fondo de su ser un hambre insaciable?

¿En qué dicha estuvo
aquella que Amor encadena
cuando quiere gozar libremente
y libre correr en su inmensidad?
Sábelo, hay más penas en el amor
que luces en el cielo estrellado.

Callaré pues el número de mis penas
y no pesaré la crueldad de mi carga.
¡No las compensa
el vano cuidado de contarlas!
Mas por débil que sea mi parte de prueba,
me estremece existir.

La vida es horror para el alma
cuando después de darlo todo
se ve arrojada a las tinieblas,
tan lejos, que parece no haber retorno,
sin nada que evite la desesperanza.
¿Qué pena es semejante a la del amor?

¡Ay! Almas atrevidas que todo podéis en él
y en su confianza vivís con libertad,
¡compadeceos de este corazón dividido al que el Amor abruma
y persigue en un exilio infinito!
Quien razón tenga, que viva en paz con ella:
para mí solo hay desesperanza.

Vi alzarse una nube luminosa por encima
de las sombrías tormentas; tan bella me pareció
que creí poder gozar, libremente al sol,
de una plenitud sin tacha.
Mas esa alegría no fue más que un sueño,
¿quién me reprochará que anhele la muerte?

De súbito, la noche reemplazó al día.
¡Oh dolor, para mí, de haber nacido!
Quien todo ha dado al Amor, recibirá
de Amor al mismo Amor.
Por herida que ahora me encuentre
no hay deseo puro, bien lo sé, que Dios no consuele.

Al principio Amor se complace en colmarnos:
cuando el primer día se apoderó de mí,
¡ah! toda suya, cómo me reí de todo.
Pero me hizo semejante al avellano,
que florece temprano, en los meses sombríos,
mas hay que esperar mucho tiempo sus frutos.

Feliz quien sabe esperar el día
en que el Amor le devuelva Todo por todo.
¡Ay, Dios mío! ¡qué importa la paciencia!
al contrario, es para mí nueva alegría,
pues toda al Amor me entregué.
Pero he sufrido también toda la pena.

Nada abruma tanto al corazón que ama como andar errante
buscando al Amor, sin saber por dónde,
si en las tinieblas o en la luz,
en la cólera o en la ternura. Si Amor
mostrara su verdad consoladora,
sosegaría por fin al alma exiliada.

Si el Amado del amor solo diera lo amable,
su amor no sería completo;
no sería dicha en verdad, sino ilusión
que solo por piedad se nos daría.
Muestre Dios a los corazones atrevidos
qué lástima sería que así fuese.

¡Ay! lo que quiero decir y desde hace tiempo he pensado,
se lo muestra Dios a las almas nobles,
a las que los tormentos del amor ofrece
para que puedan al fin saborear su esencia;
antes de que el Todo se una al Todo,
hay que degustar mucha amargura.

Amor viene y nos consuela, se va y nos aterra;
así es nuestra dolorosa aventura.
Pero cómo se capta el Todo con el Todo,
no lo sabrán jamás los extranjeros.

(*Str. Ged.* XVII)

X

De los grandes favores prematuros,
de las promesas que apenas cuestan nada,
no os gocéis demasiado,
muchas esperanzas se vieron así frustradas;
los fuegos precoces
del reino del Amor
me arrastraron lejos de mí.

De auroras puras
esperamos días claros;
la revelación del Amor me engañó,
y no otra, cuyo nombre callaré.
Pero Él las conoce.
En cuanto a mí, sé
cuánto lamento me arrancó el Amor.

Esperad a la noche, dice el aldeano,
para hablar de un buen día.
Tarde lo comprendí
y ahora gimo, ¡ay de mí! desdichada.
¿Dónde está el dulce placer
y aquella paz del amor
que antaño me cubriera con espléndidas galas?

Por halagüeños que fueran sus anuncios
y crueles sus efectos, sé que Amor
no me engañó ni se burló de mí
en estos dolores donde madura mi certeza.
Pues quiso
revelarme cómo
Razón ilumina el abismo de Amor.

Con Amor, la Razón iluminada
me permite y aconseja
examinar el jardín de dama Amor
y asegurarme de que nada falta en él.

Y si algo faltara
que pronto fuere procurado
por el noble cuidado de la fidelidad.

Si en ello me mantengo fiel,
sin que Amor nada pueda reprocharme,
por lo que le doy, se me dará todo entero,
por todo lo que tengo y todo lo que soy.
Yo, que hace poco le rogaba,
le forzaré a que me otorgue
un goce libre y pleno.

¡Ay, Amor! ¿En qué tiempo, en qué estación
volveré a ver días hermosos
y clarear mi oscuridad?
¡Qué dicha sería contemplar el sol!
Mas bien sabes
que nada quiero desear
que a ti no agrade.

¡Ay! poderoso y excelso Amor,
que de forma maravillosa todo lo conquistas,
¡conquístame para conquistarte
con tu fuerza inconquistable!
¡Qué de veces conocí
esa extraña conquista,
esa victoria que en el amor me colmaba!

Pero sois aún, Amor, lo que fuisteis,
nadie que os siga de cerca lo ignora.
Y no dejo de creerlo.
El infortunio que me cerraba el camino
era no conocer
ni amar todavía esta obra
en la que la fidelidad me aseguró vuestra ayuda.

Desde que, siéndole fiel, comprendí
que Amor me asistiría en todo momento,
ningún dolor extranjero me alcanzó;
permanecí confiada y en pie,
sabiendo que un día
Amor me daría
el beso de la unidad.

Ésa es la costumbre del fiero amor:
cogernos enteramente en su mano,
y por fuerza y violencia que ejerza primero,
dulcifica luego su apremio y da al fin satisfacción:
de ahí le viene
el gran renombre
y la alabanza en toda comarca.

A quien Amor alcanza, cierra primero los ojos
con sus dulzuras: el hombre, maravillado,
cree ser portador tan solo de alegrías;
así es como atrae a todos los seres.
Después viene Razón, la fuerte,
y por las nuevas exigencias
de nuestra deuda, prueba en nosotros el ardor.

Amor, haberos cantado tanto,
en nada me aprovecha.
No es viejo ni joven aquel
a quien el canto de amor el corazón no aplaca.
Pero de vos recibo
tan poco remedio
que cantos y llantos parecen vertidos en vano.

Yo clamo y me lamento:
a Vos el día,
a mí la noche y el furor de Amor.

(*Str. Ged.* XIX)

XI

Mi angustia es grande, desconocida de los hombres
que crueles quieren prohibirme
el acceso adonde el Amor encamina sus fuerzas.
Ellos lo ignoran, y yo ¿qué puedo decirles?
Debo vivir según soy:
lo que Amor me inspire,
eso será mi ser y a él dedicaré mi esfuerzo.

Sea cual sea la suerte
que en nombre del Amor pueda estarme destinada,
mi corazón persevera,
pues bien sé en lo más puro de mi alma
que sufrir por amor es vencer.
Jamás dejaré de darme,
en la pena, en el reposo, en la vida y en la muerte:
conozco el precepto de la fidelidad más alta.

La orden que Amor me da,
lanza mi espíritu a la aventura:
algo sin forma, figura, ni porqué,
pero que claramente se siente...
Es la substancia de mi alegría,
aquello hacia lo que tiendo sin cesar,
y por lo que sufro tantos días de amargura.

No me lamentaré de sufrir por Amor:
pues es mi bien aceptar su voluntad,
grite su orden o la exprese en silencio.
Tan solo su reflejo nos es dado conocer.
Es maravilla impensable
que me invade el corazón
y me extravía en un desierto salvaje.

Es un desierto cruel, a nada se parece;
en él se instala el amor
cuando languidece el anhelo,
y nosotros lo probamos sin conocerlo jamás.
Se manifiesta huyendo,
le perseguimos, mas no le vemos;
y así el corazón se mantiene vigilante y doliente.

Si en el servicio de Amor escatimara mi pena,
grande sería mi error, quienes aman lo saben.
Debería entonces mendigar lo que ahora tengo
y sufrir por mi falta un daño irreparable.
En mi naturaleza encuentro mi deleite
y jamás mi pasión se cansará
de lo que me dan Amor y su ardor siempre renovado.

Dura pero cierta es la ley: no puedo
conocer al Amor si no renuncio a mí.
¡Ay! debió el deseo destrozar mi corazón
y la angustia de amor agotar mis fuerzas.
Quiero conocer lo que me atrae
y tan brutalmente me despierta
cuando pretendo descansar sólo un instante.

Cualquier juez se apiadaría
de lo que me sucede y me abruma:
¡Amor me condujo tan alto
y qué terribles son ahora sus golpes!
No tengo ni suerte ni provecho en esto,
mas ¿puedo yo acusar al Amor?
Temo a la Infidelidad, vil y cruel.
Que me asuste la perfidia de mi alma no es extraño
pues el daño que me hizo fue mayor
de lo que pueda parecer.
Si no alcancé la meta deseada,
Infidelidad tuvo la culpa, nadie más.

Deslealtad fue mi peor enemiga
y, frente a ella,
sólo en la fe de un amor constante
podré encontrar salvación.

¿Por qué cantar este amor
y prolongar el tormento con mis quejas?
Por grande que sea la angustia que me impone,
no podría defender mi causa.
Confieso lo que confesaría
cualquiera a quien Amor haya robado el corazón.
¿De qué me serviría forzar mi naturaleza?

Pues ésta debe seguir siendo
simplemente lo que es, y recibir
lo que no ha dejado de ser suyo,
por angosto que se vuelva el camino.

(*Str. Ged.* XXII)

XII

Los pajarillos cantan
y los cálices abiertos
anuncian ya la primavera;
las voces cautivas del invierno,
las corolas, pálidas ayer,
de fiesta están ahora;
volvieron los días hermosos
por cuya ausencia
languidecerieron de anhelo.
Así le sucede al alma presa de Amor.

En la angustia de amor
se saborea la muerte,
de ello soy testigo.
Aquél cuyo corazón es tocado
por la esencia pura del Amor
apenas guarda la calma
y ninguna gracia encuentra.
Si Amor no viniera en mi ayuda
me encontraría entre aquellas
que de sus dones conocen solo el dolor.

¿Qué consejo dar
a quien Amor abruma
con sus cargas más pesadas?
¿Qué consejo a quien condujo primero
con grandes promesas
a los altos lugares de luz,
para luego arrojarle tan bajo
que desespera por ver de nuevo el día,
a menos que el furor de Amor
cambie su destino?

El mejor consejo
para el alma que Amor
mantiene en sus redes
atada y cautiva,
es que se abandone en sus manos
y acepte sin resistencia
la angustia del amor.
Amor ofrece una pena,
quien la rechaza
deberá suspirar mucho tiempo en el exilio.

Que Amor me esclavizara
en nada me sorprende:
él es fuerte, yo soy débil.
Por él no puedo ya
disponer de mi persona
ni moverme a mi antojo.
Hace de mí lo que quiere,
nada queda de mí.
Rica ayer, ahora soy pobre:
todo lo he perdido en el amor.

De extranjeros y amigos
a los que en otro tiempo servía,
ahora estoy separada.
Me despojé de honor y sosiego
para vivir en libertad,
recibiendo en el amor
gran riqueza y saber puro.
Mal hace quien lo discute,
no puedo pasar sin ello;
cuándo ya todo falta
¿de qué vivir sino de Amor?

No es una criatura viva
la que me abandonó,
eso es cosa sabida.
Si por ventura en el amor perdiera,
¿qué sería de mí?
Ahora soy pequeña,
pero entonces sería pura nada.
Estoy perdida si por mí no vela.
Si tal infortunio llega, que me dé
con qué vivir libremente.

Los extranjeros crueles
me afligen sin medida
es este duro exilio
con palabras engañosas.
No tienen piedad de mí,
me infunden terror,
y en su ceguera me condenan.
Nunca podrán comprender el Amor
cuyo deseo
me tiene cautiva.

¡Quien quiera alcanzar al Amor
nada descuide
y nunca deje de entregarse a él!
Que en los sufrimientos
cuyo final no percibe
sea fiel al que eligió su corazón.
Que se abandone en la pena y el ultraje,
en la alegría y el pesar, a los lazos del Amor,
pues solo así se nos da a conocer
esta vida ardiente en toda su hondura.

(*Str. Ged.* XXIV)

XIII

Ya se alegran los pájaros
que apenas ayer el invierno oprimía:
así ocurrirá también
—¡alabado sea el Amor!—
con los corazones atrevidos que, durante tanto tiempo,
pusieron su confianza en él
soportando amargas penas.
Y tal es, en efecto, su poder:
serán recompensados
con más de lo que puedan soñar.

Quien del Amor más alto
quiere recibir amor,
que lo busque de buen grado,
y con todo el corazón, con toda el alma,
afronte una muerte terrible
si así lo quiere Amor.
Que siempre audaz
sin temor esté listo
a cumplir los mandatos
que Amor imparte a los amantes.

¡Ay! ¿qué será del que sigue
las leyes del Amor?
No encuentra alma viviente
que comprenda su angustia,
sino la mirada extranjera
de rostros sin piedad.
Nadie sabrá el secreto
de la pena que soporta,
hasta que deje su infortunio
en el furor de Amor.

El furor de Amor es herencia magnífica,
y a poco que se entienda
no creo que de Amor
se desee otra herencia.
Quienes eran dos tan solo ayer
serán uno en adelante
¡creed mi testimonio!
Hace amargo lo que fue dulce
y cercano al extranjero,
de lo más pequeño hace lo más noble.

Al fuerte debilita
y da salud al enfermo,
merma su brío al más robusto
y cura cualquier herida.
Por ella de repente el ignorante
conoce el largo camino
por el que tantos debemos vagar.
En un instante le muestra
cuanto se puede aprender
en la escuela del noble Amor.

En la escuela del Amor
se aprende el furor sublime
que, de sensato ayer,
hace al hombre vagabundo y errante.
Por ella se pasa
del infortunio a la dicha
y se reina sobre todos los bienes
de los que Amor es la Dama.
En ella puse mi fe
y no me volveré atrás.

A quien no puede sufrir el amor
le doy un sabio consejo:
si está al final de sus fuerzas,

pídale misericordia,
mas no deje de entregarse
al servicio del noble Amor.
Cobre valor pensando
que el poder del Amor es grande:
«Cerca de la muerte está
quien no se puede curar».

El espíritu divinamente exaltado
que sabe cuán fuerte es Amor,
lee en su virtud pura
los juicios a los que obedece.

(*Str. Ged.* XXVIII)

XIV

Para el Amor solo quiero
nobles pensamientos de amor;
con su fuerza infinita
dilata mi esencia
y me entrego toda
a su noble renacer.
¡Pero si quiero sus delicias
me arroja a su prisión!

Sufriría, en verdad, sin pesar
en el servicio al Amor
si con claridad me mostrara
sus íntimos senderos.
Pero apenas pienso descansar en su gracia,
¡nueva tempestad, nuevo designio!
¡Qué extraño remedio,
cuanto más ama, más abruma!

Es gran maravilla para el entendimiento
que de esta manera Amor tome y dé
estos consuelos que se acogen
con temor y temblor.
Pero conjuro al Amor
¡que no deje de seducir a los corazones nobles,
manteniéndolos ante su rostro
en humilde duda y elevada fe!

Juntos, consuelo y desdicha forman
el extraño sabor del amor.
Ni Salomón, el sabio, que viviera
se atrevería a resolver este enigma.
¿Qué discurso le hace justicia?
¡Es poema que desafía cualquier melodía!
Esa hora hacia la que languidezco
me guarda la recompensa a mi amor.

Desear, vagar, esperar días y noches
esa primavera que es el Amor,
nos hace despreciar a la plebe extranjera,
perder mucho, ganar ciento por uno.
Nobleza de Amor me quiere tan firme
que por fin de él reciba
naturaleza nueva que supera el sentido:
¡melodía que desafía a cualquier poema!

Canto que sobrepasa toda palabra,
hablo del poderoso Amor,
no puede revelarse
a los corazones fríos, ni a quienes
poco han sufrido de amor.
¿Qué saben ellos de ese reino?
Solo se da a los más audaces,
a los más osados, alimentados con la leche del Amor.

El Amor invencible desconcierta a la mente:
está cerca de quien se extravía
y lejos de quien lo comprende.
Su paz no deja paz alguna.
¡Oh paz del puro Amor,
solo quien haga suya su naturaleza
beberá esa leche consoladora!
Solo por Amor se gana a Amor.

Si queréis crecer en Amor
no ahorréis esfuerzos ni penas
¡afrontad con todo vuestro ser
sus exigencias más severas!
Servidle de corazón y aceptad
su venida lo mismo que su partida.
Manteniéndoos fieles
pagaréis con amor toda la deuda.

(*Str. Ged.* XXXI)

XV

La estación se renueva con el año,
los días, ayer sombríos, brillan ahora.
¿No es maravilla que no sucumban
quienes desean el amor y de él se ven privados?

Del año nuevo comenzó ya el dulce reinado.
Quien decidido esté con toda el alma
a nada escatimar al amor,
de su pena obtendrá provecho.

Por el contrario, al alma que su esfuerzo ahorra
y manifiesta su escasa nobleza
entregada a alegrías extranjeras,
¿puede no parecerle duro el servicio al Amor?

Pero quienes nacidos del Amor,
escogidos para compartir su esencia,
nada evitan por alcanzarlo,
viven un tormento sagrado.

Desde el momento en que nos toca la sublime naturaleza
[del Amor,
soportamos gustosos sus trabajos,
y por excelentes que sean nuestras obras
no dejan de parecernos imperfectas.

Gran desdicha sería para el hombre noble
si prestando oído a voces profanas
dejara de realizar esas nobles acciones
que dan una sed siempre nueva y nueva plenitud.

Hambre y saciedad inseparables
son el patrimonio del libre amor,
como saben desde siempre los amantes
tocados por su pura esencia.

Saciedad: pues el amor viene y nos colma.
Hambre: pues se retira y nos deja entre llantos.
Sus consuelos más bellos son cargas abrumadoras;
sus asaltos más violentos, delicias renovadas.

¿Cómo nos sacia la llegada de Amor?
Se le degusta, maravillado: ¡es él!
Nos sienta en su trono sublime
y nos prodiga sus inmensos tesoros.

¿Cómo es hambre la negación del amor?
Cuando no podemos conocer como debemos,
ni gozar lo que deseamos,
nuestra hambre crece hasta el infinito.

¿Por qué esas dulces claridades nos abruman?
No logramos acoger sus presentes,
ni las podemos expresar con palabras
y no sabemos en qué fijarnos ni un instante.

Pero el noble Amor nos hace encontrar alegría
en su mismo furor, día y noche:
el puro abandono es el único recurso
que subsiste con él.

Así os recomiendo al santo Amor,
a vosotros que queréis conocerle:
velad siempre con celo renovado
para no abandonar su morada interior.

Que una luz nueva os dé nuevo celo,
obras nuevas, plenitud de nuevas delicias,
nuevos asaltos de amor y un hambre nueva tan inmensa
que eternamente el nuevo amor devore sus dones nuevos.

(*Str. Ged.* XXXIII)

XVI

Cuando la primavera regresa
esperamos los días más bellos
en que florezcan la hierba y el trigo
y de confianza se llenen la almas.
Pero hay quien pone su confianza en el mañana
y pronto su corazón se llena de despecho.
Mas quien quiere afrontar el Amor con amor,
escoge la vía más segura.

El verano ve aparecer flores
numerosas, mas casi insignificantes.
Queremos seguir al Amor,
que jamás al justo dama Amor rechaza.
Alguien compone un canto nuevo de amor
y ensalza con él su fortuna:
así expresa su agradecimiento,
pues Amor es bueno con él.
En cuanto a mí, ¡no ha hecho sino condenarme!

Puesto que así decreta el Amor
que llore sus veredictos y mis penas,
no puedo pleitear con él:
mi derecho es pequeño y su fuerza, grande.
Dicen que el cisne canta
cuando se acerca su muerte.
Lo que Amor de mí ordena
que lo cumpla sin falta.

¡Ay Amor! que así me abrumas
y tan largas me haces las horas,
mas revelas a tus amigos
maravillas sin fin.
¡Ay! A menudo no sé que hacer
en esta cruel angustia.

Otros alcanzan tus cimas, yo me quedo en el valle,
presa de horror ante el camino que me aguarda.

¡Ay Amor! Quién podría olvidar
las penas tan duras que nos causas
y la forma en que te muestras a tantos corazones,
cruel con unos, con otros generoso...
En tu furor, tomas posesión de un alma
y desde dentro la devoras por entero;
alimentas a otra con dulzura
sin hacerla tuya ni un instante.

De Amor se pueden contar maravillas,
de lo que es, de lo que hace.
Con unos despliega sus ardides:
«Soy todo vuestro, sed mía igualmente».
A veces nos toca de forma tan brusca
que casi el corazón nos rompe.
Y otras veces deja en pura libertad.
Nos extravía y nos vuelve de nuevo al camino.

Aniquilarse en el Amor
es lo más alto que sé;
por lejos que esté de mi alcance
no conozco obra mejor.
Afrontando el Amor con deseo,
ya sin corazón ni pensamiento,
cuando extingue al fin nuestra pasión en la suya
encontramos la fuerza que lo conquista para siempre.

¡Adelante, en la alegría o en la pena!
Amor no resiste la violencia del asalto
de quien sabe atacarle con ardor,
y lo acoge como igual en su morada.

(*Str. Ged.* XXXVIII)

XVII

Aunque el mes y el año
se renuevan a la vez,
apenas tenemos alegrías;
faltan los días claros
y lejos están los placeres
que anhela el joven corazón.
Pero más impaciente que todas, este alma
que desea el Amor y no lo gusta.

¡Ay! cómo sufre en los senderos profundos
el peregrino de lejanas comarcas
que en vano camina hacia el Amor.
Y esta desdicha a menudo le abruma:
no conocerle bastante
para saber claramente
lo que gusta o disgusta al Amor.
Ese peregrino conoce días sombríos.

¡Ay, querido Amor! tus furores, tus sonrisas,
tu gran voluntad y nuestra deuda,
tu venida y tu huida, de todo ello
¿qué podemos comprender?
Pues por el servicio humilde,
das dulce maravilla y luz poderosa;
por una pequeña falta, que parece perdonada,
pena cruel y muerte amarga.

¡Ay bello Amor! ¿quién nos dirá el porqué
de tus idas y venidas repentinas?
¿Cómo prevenir tu huida y tus tempestades
antes de que nos arruinen?
¿Qué medios desconocidos darán
constancia a tus dulces milagros
para que nuestra cobardía no nos prive
de tantos bienes prometidos por tu amor?

¡Ay! por cuántos senderos de noche y miseria
Amor nos deja vagar
en tantos asaltos a los que sucumbimos.
Amor cruel e implacable
que a veces no obstante prodiga sin esfuerzo
su gran y múltiple alegría.
Extrañas apariencias que arrebatan
al alma iniciada a su libre poder.

¡Ay, puro Amor! ¡Aunque razones tengáis,
vuestra partida nos parece cólera cruel!
Pero el alma noble y sabia
sabe que debe seguiros
en la pena y la alegría, el descanso y el temor,
hasta la inteligencia pura
de vuestros designios,
que tornan nuestra pena en paz profunda.

¡Ay! quien navega a países lejanos
debe afrontar la aventura:
así el amante soporta
gran angustia de amor
antes de agradar al Amado.
Deberá siempre buscar
solo su voluntad sublime,
y aceptar lo que le advenga
sin tristeza ni alegría.

¡Ay! a quien solo ama la voluntad de Amor
Amor en él se basta,
en el gran tumulto y en el silencio humilde,
en todo lo que dama Amor sugiere:
ésa es la fortaleza más firme,
defensa más bella no es posible encontrar,
ni muralla tan alta, ni foso tan profundo,
para tener a Amor prisionero por siempre jamás.

(*Str. Ged.* XLI)

XVIII

Son sus violencias lo más dulce de Amor,
su abismo insondable es su forma más bella,
perderse en él es alcanzar la meta.
Tener hambre de él es alimentarse y deleitarse,
la inquietud de amor es un estado seguro,
su herida mayor, bálsamo soberano,
languidecer por él es nuestro vigor,
eclipsándose se revela,
si hace sufrir, da salud,
si se esconde, nos muestra sus secretos,
es rehusándose como se entrega,
no tiene rima ni razón y es poesía,
cautivándonos nos libera,
sus golpes más duros son el más dulce consuelo
¡qué privilegio si nos toma por entero!
Es cuando se va cuando está más cercano,
su silencio más hondo es su canto más alto,
su cólera peor, su mejor recompensa,
su amenaza nos calma
y su tristeza consuela todas las penas:
no tener nada es su riqueza inagotable.

Pero del Amor se puede decir también
que su seguridad nos lleva al naufragio,
y su estado más sublime nos hunde hasta el fondo;
su opulencia nos empobrece
y sus beneficios son nuestras desdichas;
sus consuelos nos agrandan las heridas;
su trato es a menudo mortal;
su alimento es hambre, su ciencia, extravío;
su escuela nos enseña a perdernos,
su amistad es cruel y violenta;
nos huye cuando nos es fiel,
para manifestarse se esconde sin dejar rastro,
y sus dones nos despojan aún más.

Sus promesas son seductoras,
su ornato nos desnuda,
su verdad nos decepciona
y su seguridad es mentira.

Éste es el testimonio que yo misma y muchas otras
podemos manifestar,
quienes vimos del Amor las maravillas,
y recibimos escarnio
al creer poseer lo que para sí guardaba.
Desde que así jugó conmigo
y aprendí a conocer sus modos,
me comporto de manera muy distinta:
no me engañan ya
ni promesas ni amenazas;
yo le quiero tal cual es, y poco importa
que sea dulce o cruel.

(*Mgd.* XIII)

XIX

Saludo a aquel a quien amo
con la sangre de mi corazón.
Mi sentidos se secan
en el furor de amor.

¡Ay, querido y dulce Amor!
creced según vuestra esencia
y que así mis facultades
se libren de la muerte.

¡Ay Amor amado por encima de todo!
si fuerais lo que sois
yo habría alcanzado
estabilidad.

¡Ay, muy dulce Descanso!
si poseyerais lo que está en vos,
ligeras serían las cosas
que tanto ahora me pesan.

¡Ay, dulce naturaleza!
¿Cómo está vuestro corazón?
No puedo vivir ni una hora
sin ser toda del Amor.

¡Ay! hermana querida,
si hoy me muestro locuaz
es a causa de una confianza nueva
por el toque profundo del Amor.

¡Ah! si tuviéramos lo que
las dos juntas tenemos, seríamos tan ricas
que no habría en parte alguna
nadie que fuera tan feliz.

¡Ay! el furor de amor me exalta
y de mí se apodera ese bien, ser enteramente suya.
¡Ay! ¡qué sabiduría en el furor de Amor,
qué privilegio en el furor del libre Amor!

Languidezco, velo y saboreo
el Bien que me llena de dulzura.
Conozco, siento y encuentro
recompensa a mi dolor.

Sufro, me esfuerzo, quiero llegar por encima de mí,
amamanto con mi sangre (a ese Dios que nace en mí).
Saludo a la Dulzura divina
que recompensa el furor de Amor.

Me estremezco y a Él me doy;
vivo en la honda fe
de que mi pena, mi noble pena
recibirá todo en su pena divina.

¡Ay, Amor amado! el Amor que yo amo
sois Vos, Amor mío;
vos que dais gracia por gracia,
con la que el Amado sostiene a la amada.

¡Ay, Amor! si yo fuera amor
y vos amarais, Amor, con el mismo amor.
¡Ay, Amor! dadme por amor
que el amor conozca plenamente al Amor.

(*Mgd.* XV)

XX

El amor tiene siete nombres
que como sabéis le convienen:
Lazo, Luz, Carbón, Fuego,
designan su fiero imperio.
También los otros son nobles,
por siempre insuficientes y de resonancia eterna:
Rocío, Fuente viva, Infierno.
Si enumero estos nombres
es porque están en la Escritura:
os explicaré su virtud,
lo que quieren decir y manifiestan.
Que no os engaño
y que Amor se conduce como digo,
lo sabe quien vio todo en el Amor,
esa vida llena de maravillas
de la que ya he hablado.

En verdad es lazo, pues ata
y todo lo somete a su apremio.
Lazo dotado de todo poder,
no lo ignoráis pues que lo habéis gustado.
Arruina en lo mejor nuestros consuelos
y en las penas peores nos conforta.
Me aprieta íntimamente de tal forma
que creo morir de dolor;
mas todo lo casa
en fruición y plenitud sin par.
Lazo que une a los que se aman de manera
que uno al otro penetra por completo,
en el dolor o el reposo o el furor de Amor,
y come su carne y bebe su sangre;
cada corazón devora al otro corazón,
el espíritu asalta al espíritu y lo invade por entero,
como nos mostró el que es el mismo Amor,

haciéndose nuestro alimento y nuestro pan,
y confundiendo los pensamientos del hombre.
Nos dio a conocer que ésta
es la más íntima unión de amor:
comer, saborear, ver interiormente.
Él nos come, nosotros creemos comerle,
y sin duda lo hacemos.
Pero él permanece intacto,
tan fuera de nuestro alcance,
tan lejos de nuestros deseos,
que cada cual sigue siendo lo que es
y la distancia permanece.
Mas a quien este lazo cautive
que no deje de comer con pasión
para conocer y saborear más allá de sus deseos
la humanidad y la divinidad.
El lazo de amor hace comprender estas palabras:
«Yo soy para mi Amado y Él es para mí».

Luz es el nombre del Amor con que
nos revela lo que place al Amado,
lo que conviene mejor al Amor
o lo que primero condena.
En esa claridad aprendemos
cómo hay que amar al Hombre-Dios
y al Dios-Hombre, en la unidad:
esa parte que se nos da es riqueza infinita.

Carbón: observad qué nos quiere decir
la Escritura con tal nombre.
Es dádiva maravillosa
que Dios hace al alma interiormente
en todo lo que recibe o en aquello de lo que es privada,
en su paz, paciencia y esfuerzo,
en el consuelo, la alegría y el trabajo,
en todos los modos caprichosos del Amor.

Rápida mensajera es esa brasa
que sirve al Amor de maravilla.
Su misión no se interrumpe
y no puede fallar al Amor.
Inflama lo que estaba frío,
vuelve tímido al orgulloso,
descabalga al caballero
y colma de nobleza al vasallo:
pone al pobre en un reino
donde no es inferior a nadie.
Y todo ello: caer, levantarse,
dar o tomar, perder o recibir,
se enciende y se extingue por el furor de Amor
que ese carbón representa. Trabajad ahora
en esta obra y conoced
los extraños prodigios que Dios hace
hasta que Amor en nosotros se convierte en fuego
en el que se abisman igualmente,
quemados, devorados, consumidos,
el deseo del hombre y el rechazo divino.

Con el nombre de fuego consume
suerte o desgracia, dicha y desdicha:
todas las formas de ser son una para él.
A quien de ese fuego el toque interior recibió
nada le será ancho ni estrecho.
Cuando su llama se enciende en nosotros
ya nos es igual lo que devore:
ser amado u odiado, rechazo o deseo,
pérdida o ganancia, satisfacción o malestar,
provecho, daño, honor y vergüenza,
estar con Dios en celestial consuelo
o en el dolor del infierno,
ya no hay en ese fuego diferencia alguna.
Consume cuanto toca,
y ya no puede hablarse —os lo aseguro—
de condena o bendición.

El Amor actúa también con el nombre de Rocío:
cuando el fuego ha quemado en su violencia todo,
llega el rocío, derramando su humedad
como brisa de maravillosa dulzura.
Provoca el beso de las criaturas nobles
y da constancia en los cambios.
El celo de amor devora sus dones de tal suerte
que siempre debe terminar así.
Amainan entonces las tempestades
que ayer mismo se desataban en el alma.
La calma reina al fin
cuando la Amada recibe de su Amado
los besos que convienen al Amor.
Cuando se apodera de ella y de todos sus sentidos,
gusta sus besos y los saborea hasta el fondo.
En cuanto Amor toca a la Amada,
come su carne y bebe su sangre.
El dulce Amor que así la deshace
conduce suavemente a los amantes
al beso indisoluble,
el mismo beso que une
a las Tres Personas en un solo Ser.
Así el noble rocío extingue el fuego
que asolaba el país del Amor.

Fuente viva es el sexto nombre
que le conviene después de rocío.
Derramamiento y reflujo
de uno en el otro y crecimiento en Dios
que sobrepasan el entendimiento y el sentido,
la inteligencia y la capacidad
de cualquier criatura humana.
Pero en nosotros está
la vía escondida que el amor nos marca
para encontrar por momentos el más dulce de los besos.
Ahí recibimos la dulce Vida viviente
que la Vida da a la viviente vida.

Fuente viva se la llama, pues alimenta
y guarda en el hombre el alma viva.
Brota viva de la Vida
y de esta Vida da vida nueva a nuestra vida.
La Fuente viva se vierte en todo tiempo,
en las virtudes de siempre o en el celo nuevo,
como el río expande sus ondas
y las recibe de nuevo,
así el amor engulle lo que da.
Por eso se le llama Fuente y Vida.

El séptimo nombre es Infierno,
y de ese amor yo he probado el tormento.
Nada hay que no devore y condene.
En verdad, nadie escapa a él
de quienes prueban el amor y de él quedan cautivos:
ninguna gracia se concede aquí.
Así como el infierno todo lo arruina,
no se encuentra en el Amor
más que tortura sin piedad:
ni un instante de reposo, siempre
un nuevo asalto, una persecución nueva.
Verse devorado, tragado
en su esencia abismal,
hundirse sin cesar en el ardor y el frío
en la profunda y sublime tiniebla del Amor,
supera los tormentos de la gehenna.
Sólo el amor conoce su venida y su marcha,
y sólo quien lo prueba sabe
por qué el nombre de Infierno
le conviene por encima de todo.

Ved ahora cómo esos nombres revelan
la esencia y los modos del bello Amor.

No hay corazón tan sabio que pueda
comprender la más pequeña parte
del Lazo del Amor aunque dejase
a un lado los otros seis nombres.
El lazo nos asegura que nada
nos separará del Amor,
ni violencia, ni fuerza, ni milagro.
Tal es la fuerza del don de sabiduría.
El corazón, por sí solo, no lo podría aguantar,
pero por ese lazo soporta los lazos del Amor.
La Luz nos muestra las costumbres del Amor,
nos revela su voluntad en todas sus formas:
por qué debemos conocer y amar
la Humanidad y la Divinidad.
El Carbón enciende a los dos amantes,
y el Fuego les quema en la unidad:
así en el fuego de la salamandra
el fénix se consume y transmuta.
El Rocío lo apaga,
se extiende por él como bálsamo y brisa unitiva.
La alegría y el furor de Amor
arrojan a los amantes al mar abismal,
mar sin fondo, siempre vivo,
que con la vida da a los Tres en la Unidad
Dios y Hombre en un solo amor;
así es la Trinidad más allá de todo pensamiento.
El séptimo nombre, justo y sublime,
dice que el amor es Gehenna,
como lo es en efecto por naturaleza.
Pues arruina el alma y los sentidos,
de manera que no se levantan más;
en adelante, los Amantes no podrán
más que vagar en tempestades de amor,
errar con cuerpo y alma, pensamiento y corazón,
Amantes perdidos en este Infierno.
¡Que tenga cuidado quien quiera afrontarlo!

pues ante el Amor, nada vale, sino aceptar
en todo momento golpes o caricias
hasta el fondo del corazón fiel
que quiere ofrecer un amor verdadero.
Así lograremos la victoria: por lejos
que aún nos parezca, alcanzaremos el Amor.

(*Mgd.* XVI)

OTROS POEMAS

I

No me apena ni trastorna tener que escribir,
pues El que vive nos prodiga sus dones
y con nueva claridad quiere instruirmos.
¡Bendito sea siempre y en todas las cosas!

Mucho es sin duda lo que se aprende en el conocimiento
desnudo de la contemplación,
mas nada es comparado con todo lo que falta.

En esa carencia ha de hundirse el deseo,
lo demás es por esencia miserable.

Quienes se hunden hasta el fondo
en el conocimiento sin palabras del amor desnudo,
descubren una carencia cada vez mayor,

a medida que su conocimiento se renueva sin modo en
[la clara tiniebla,
en la presencia de ausencia*.

Aislada en la eternidad sin límite,
dilatada, salvada, tragada por la Unidad que la absorbe,

la inteligencia de calmos deseos
se entrega a la pérdida total en la totalidad de lo inmenso;

allí le es revelado algo muy simple
que no puede revelarse: la Nada pura y desnuda.

En esta desnudez se mantienen los fuertes,
colmados en su intuición y exhaustos ante lo inalcanzable.

* Literalmente, «lejos-cerca», presente también en el *Espejo* de Margarita Porete, aplicado a la Divinidad, pertenece de lleno a la poesía trovadoresca en su expresión de las paradojas del amor.

Entre lo comprendido y lo que falta no hay medida
ni comparación posible:

por eso se apresuran quienes esta verdad vislumbraron
por el camino oscuro, no trazado, puramente interior.

En esa carencia encuentran un premio supremo,
su alegría más alta.
Y sabed que nada se puede decir de ello,

sino que hay que apartarse del tumulto de razones, imágenes
[y formas,
si se quiere conocer el interior más allá de toda inteligencia.

Quienes no se dispersan en otras empresas
vuelven a la unidad en su Principio

y la unión que alcanzan es tal
que ninguna unión de este mundo se le puede comparar.

En la intimidad del Uno, las almas son puras,
desnudas, sin imagen ni figura,
liberadas del tiempo, increadas,
sin límites en el espacio silente.

Y aquí me detengo, no encontrando ya ni fin ni comienzo
ni comparación que justifique las palabras.

Abandono esto a quienes lo viven,
pensamiento tan puro heriría la lengua de quien quisiera
[expresarlo.

(*Mgd.* XVII)

II

Escuchad ahora el precepto que Dios nos ordena,
amarle con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra alma.

El alma debe ser arrancada a sí misma por Amor
y arrojada al abismo de lo alto,

agrandada, liberada, elevada
por el sendero tenebroso al ser de la gracia.

Animosamente debemos afrontar la prueba
sin eludir la orden suprema del amor a Dios.

El círculo de las cosas debe reducirse y desaparecer
para que el de la desnudez, ensanchado y dilatado, abrace
[el infinito.

El espíritu habita en Dios: allí el amor está preso en la unidad
y el Amor conduce al alma engrandecida por la claridad sin
[fronteras.

Es privilegio de almas nobles y puras perseverar
sin admitir diferencia alguna.

La noble claridad se manifiesta a su antojo,
de nada sirve búsqueda, intención o razón:

hay que alejarlas y morar en el interior, en un silencio
[desnudo,
puro y sin voluntad, pues así es como se recibe

la nobleza que ninguna lengua humana puede expresar
y el conocimiento que brota siempre nuevo de su fuente pura.

¡Sí! noble inteligencia, tuya es esta Fuente siempre nueva,
en la que estás anonadada y cautiva de tu deseo.

Permanece ahí sin temor, pues ésa es tu parte:
sé feliz eternamente en tu Principio.

Ni la inteligencia más alta ni la intuición más profunda
[pueden echar anclas
en la inmensidad a la que eres llevada sin fin ni retorno.

Es lo que nos enseñan los animales de Ezequiel,
que avanzaban desnudos y ya no regresaban.

Ir y venir se entiende del amor que lleva
al conocimiento de las razones

pero cuando avanzan sin volver la vista atrás
penetran en la desnudez del Uno, más allá de la inteligencia,

donde no hay luz alguna,
donde el deseo solo encuentra tinieblas:

un noble no sé qué, ni esto ni aquello,
que nos conduce, nos introduce y nos absorbe en nuestro
[Origen.

Que aquello que va y viene, sea precepto o doctrina, para el
[corazón o la mente,
¡me deje en el solo Principio encontrar mi alegría!

¡Ay, Dios, cómo se enriquecen quienes alejan a las criaturas,
verdes o maduras,
y todo lo que es perecedero, para acoger tan solo vuestro
[amor!

Pues la comunión con vos es delicia
y todo lo que no sois vos, nada es sino tristeza.

No podemos sin vuestro amor saber quién sois,
ni ahondar en este amor sin contradicción.

Es preciso combatir y sufrir grandes penas
para recorrer vuestro sendero.

Pero no tiene pesar por todos los disgustos
quien triunfa al fin y gusta con vos la unidad del Amor.

Nada es lo que saboreamos sino presentimiento o deseo
hasta que el bien esperado se revela,

y la multitud innumerable de porqués
que me hacen preferiros a todo

se me escapan, Amor, cuando me vuelvo desnuda hacia vos,
amándoos sin porqué, a vos solo por vos.

Que me escuche en silencio tu alma,
sólo en el silencio son claras mis palabras.

Si escucháis el secreto, dad gracias al único Amor y seguid su
[consejo;
y si aún no podéis, creced en espíritu para escucharlo un día.

En cualquier corte, la mesura de amor es tenida por oportuna
[y valiosa,
pero si guardáis mesura, jamás se abrirá vuestra prisión.

A menudo se dice que escuchar y callar es digno de elogio,
pero el clamor del sordo asegura el favor divino.

Si estáis ciegos, no podréis llegar sin preguntar al lugar de la
[fiesta.
Pero su pérdida y su elección es lo más grande.

Quien está ansioso por escuchar pierde el sentido, y le
[distraen los muchos pensamientos,
pero es un noble celo el que nos hace escuchar a cada instante
[la voz interior.

Tened por nada cualquier don que os adorne: el orgullo
[arruina toda virtud.
Si, por el contrario, no os tenéis en gran estima, es que
[el honor divino os bendice.

El justo medio asegura la felicidad, dicen los sabios:
pero todo medio debe ser rechazado para que el alma se
[una a su Amante.

Sed prevenida y pesad vuestros actos, para que se elogien
[vuestras decisiones prudentes.
Pero ¿queréis encontrar la verdadera sabiduría? Haceos
[pasar por loca y que todos se rían de vos.

¿Qué ventaja encontráis en ser rico por fuera?
Si interiormente sois pobre de amor, os conviene gemir.

Llorad, lamentaos, como el que está privado de todo;
quien sufre hambre de amor está desheredado, aunque se
[le diera el mundo.

Hay mucho hipócrita bajo el hábito del hombre de bien,
mas en nada aprovechan belleza externa y deshonra interior.

El sufrimiento es bueno, aunque os parezca amargo,
pues mortifica las faltas, cura las heridas y devuelve la pureza,

mas si queréis crecer en amor, no tengáis sufrimiento alguno:
a menudo el alma se marchita por no ignorar sus penas.

La Cabeza divina conoció la angustia suprema;
sus miembros, infieles, ¿se quejarán por sufrir?

Considerad los caminos de Cristo y su vida divina
y aprended a seguirle con corazón tranquilo en todas
[vuestras obras.

En las heridas de Cristo se encuentra la nobleza y se pierde
[todo saber.

Aceptad lo que el destino os depare, el frío y la quemadura,
[lo dulce y lo cruel,
no respondáis con ira al insulto, ni con rencor a la burla.

Sed dulce como una cordera, incluso ante aquello
que disgusta a cualquier corazón humano.

Y si sentís cólera, guardad silencio,
pues el alma irritada, aunque quiera, no puede hablar
[con suavidad y dulzura.

Que nada manche vuestra alma, por más flaquezas que veáis
[en quienes os rodean,
temed la miseria de los otros y no os permitáis libertad
[alguna.

Las almas áridas sin duda están privadas de las prendas
[divinas,
pero tú, apresúrate a penetrar en la tierra fértil de la promesa,

allí el vino y la miel corren a raudales,
quienes la exploraron volvieron con frutos de las tres
[especies.

Todo Israel vio esas grandes primicias,
solo ellos las gustaron.

Solo quien avanza decidido disfruta tan nobles dones,
quien permanece a resguardo no conoce más que el nombre.

No juzgues a nadie
de quien no conozcas, mediante indicios claros, su íntima
[verdad,

pues muchas acciones de los hombres parecen criticables,
malas en apariencia, pero buenas en lo secreto.

No dejes que el pensamiento vague de un lado a otro,
que sólo en la eternidad encuentre su alegría.

Permanece oculta, y estarás libre
de todo miedo a los hombres.

Mantén la voluntad firme y calma, con libertad siempre
[atenta
al menor signo de la voluntad divina.

Separaos de las criaturas para recibir el don celestial
que Dios confiere a la inteligencia pura.

La fuerza de la naturaleza mucho aguanta cuando de bienes
[externos se trata,
pero es pronto consumida cuando su deseo es la eternidad.

No os encolericéis, ni mucho ni poco, ni en broma ni en serio,
por nada dicho o hecho que al alma herida pudiera turbar.

Sea lo que fuere lo que los sentidos perciban, mantén tu
[interior en la unidad,
por penoso que sea sentirte así disputada por dos seres.

Si la tentación te asalta, no dejes de resistir
a su primer consejo:

grave es acoger ese ejército
que fácilmente se apodera del hombre interior y lo mata.

Es preciso ser llevados muy lejos y dilatados por la fuerza
[del amor,
para alcanzar el conocimiento y recibir la luz.

Pero quien penetra en el conocimiento del poderoso Amor
debe sufrir y ocultar su mal:

recompensa a su pena tendrá
cuando la sabiduría ilumine su espíritu.

Amad a quien hay que temer; así seréis libre.
Dad amor por amor y no seréis juzgada.

Quienes no desean consuelo ni alimentan temor
gozan de lo que nadie en el mundo puede merecer.

Cuando la sabiduría los consuela y rescata en el tiempo de
[la angustia,
conocen la alta intimidad en el amor de Nuestro Señor.

(*Mgd.* XVIII)

III

Por encima de todo lo escrito,
de todo lo creado, el espíritu
puede aprender y ver claramente
y seguir de cerca la vía de Nuestro Señor.

Si el conocimiento falta,
buscad en el interior
vuestra simplicidad: allí encontraréis
el claro espejo siempre dispuesto.

Feliz quien posee
la visión desnuda y sin medio:
con una sola mirada
puede ser vivificado

y lanzarse hacia el objeto divino
y buscar al único necesario
dejando todo por Él
hasta tenerle sin riesgo de perderle.

Mucho sufre el corazón
que posee esta luz
si experimenta el peso del pecado.

Queda despojado y miserable hasta que,
según su conciencia,
haya satisfecho tanto cuanto pueda.

Y solo será liberado
cuando la voz interior testimonie
que su deuda de amor
está completamente saldada.

Hay que desear y amar
sin ayuda de los sentidos;

estar dentro y afuera,
sin conocimiento, como una muerta.

Escuchad lo que ordena el Amor:
no os preocupéis del afecto de las criaturas.
El amor cubre y oculta
a quien instruye,
como las alas del serafín.

Tras haber gustado la prelibación divina
debe ser transformado
quien sin volver atrás
quiere anclarse en la hermosa Deidad.

Ofrecer a Dios desde este mundo
la jubilosa alabanza,
con impulso fiel y sin flaquear,
¡que obra más noble!

Y es noble la pena
que se acepta por vos, deseo íntimo.
En vuestro curso no ahorráis
ningún esfuerzo, ni perdéis tiempo alguno.

¡Alabanza alada, penetra en el cielo
y abraza al Amado!
Sus idas y venidas me quitan a la vez
consuelo y pesar,

temor, amor y deseo,
conocimiento e inteligencia,
gozo, esperanza y gusto, todo lo perdí.

Hundida en el no-saber,
más allá de todo sentimiento,
de toda comprensión, debo guardar silencio
y permanecer donde estoy,

como en un desierto
que ni penetran ni alcanzan
palabras ni pensamientos.

(*Mgd.* XIX)

IV

En la Deidad,
ninguna forma de persona:
los Tres en la Unidad
son pura desnudez.

El primer aparecido, el primer nacido
que la Trinidad escogió en su seno,
es el Príncipe de la Paz
que por nosotros sufrió la muerte.

Nuestro Señor y Creador,
haciéndose conforme a nosotros
tomó nuestra naturaleza y se hizo criatura
para honra nuestra.

Enviado del Padre,
finito e infinito,
más allá de toda inteligencia, nace de él
sin comienzo ni fin.

Para ser eternamente
a su imagen y semejanza
la Trinidad nos creó,
y solo en ella está nuestra dignidad.

Amor es la debilidad del fuerte:
bien se ve
en esta maravilla gratuita
de la Obra divina.

(*Mgd.* XX)

V

Mucho amor en el corazón y la mente
hace perder al único Amor por seguir un destello,
enturbia su pureza,
estorba y quiebra el noble amor.

El accidente múltiple se reduce a la unidad
en el goce puro
para el espíritu que no sabe hacer
acepción de cosas o personas.

Todo me es angosto
¡me siento tan inmensa!
Quise captar eternamente
una Realidad increada.

La comprendí, y me ha liberado
de todo límite;
todo me resulta pequeño,
también tú lo sabes, tú, que vives allí.

El alma es libre
en la intimidad sin diferencia;
por eso quiere Dios
que sea nuestro lote.

Grave error cometeríais
prefiriendo lo angosto a la Inmensidad;

es tanta la esperanza y la alegría
en el espacio infinito
que parece que ya no exista
(cuidado por) la angustia eterna.

Es grave perjuicio
prestar oído
a consejos cobardes
e ignorar el precio del Amor puro.

Mutuo conocimiento de amor
se descubre al alma:
es el Espíritu de Dios,
cuya repentina llegada nos instruye e ilumina.

(*Mgd.* XXI)

VI

El Infinito engendra a su Igual en la beatitud eterna,
y la gloria del Espíritu es el mutuo amor.

Tres igualmente eternos,
Unidad y Trinidad, son una misma Omnipotencia.

El alma establecida en la libre desnudez,
en puro sobrepasamiento engendra cuanto es y será.

Ingrata tarea es decir esto con palabras profanas;
quienes no lo conocen desde dentro, atentos siempre

a rechazar las voces extranjeras,
no conocen el don concedido a quien vive en amor

allí donde Amor instruye al alma
en su íntima conversión a la Unidad:
alimento siempre listo con su llama,

suave fruición, carta abierta a los ojos del espíritu.
Poca cosa se encuentra fuera:

la escuela del Amor dentro del alma
le instruye mejor que lo haría doctrina extranjera
y le confiere ciencia siempre nueva en la claridad desnuda.

(*Mgd.* XXII)

VII

Bendita siempre seáis,
vos, que despertáis al bello Amor
e instruís en sus vías

a aquellos cuya vida es amar.
Vos que dais a los contemplativos
inteligencia y luz.

Vos misma sois luz
que nos enseña
la contemplación y la mirada íntima.
Lección a la que nadie asiste:

allí el alma permanece con vos
libre y sola en la Unidad.
Pierde imagen y figura
y toda distinción

cuando le dais alimento
de vuestra sabiduría
y ciencia de vuestra plenitud
que no alcanza a comprender.

Hablen o callen los profetas,
el amor es la paz de la inteligencia
y florece en el palacio del Altísimo.

Por más que encuentre la mente
Dios permanece incircunscrito
en el amor desnudo,
sin palabras ni razones.

¡Oh Deidad santa,
en vos los pensamientos,
por todas partes en conflicto,
se armonizan en paz!

Libre de todo, recógete
en el puro Amor
sin distinción, en la Unidad
que supera los conceptos.

A los que viven esta nobleza secreta
por la mirada del espíritu unificado,
la Deidad en la sabiduría desnuda
mantiene al abrigo de la muerte.

Quien a esto se acerque por curiosidad
forjará su desdicha:
es cosa demasiado elevada
y la ciencia del clérigo no la alcanza.

Aunque se siga en la ignorancia
preciso es defender
la causa del misterio contra los necios,
en unas pocas palabras,

para que nadie en su locura le acuse.
Pues lo que hemos dicho,
la pura Verdad lo afirma.

(*Mgd.* XXIII)

VIII

Os gusté donde me conviene,
en el secreto del espíritu.
Me es grato
que esta intimidad

destierre cualquier desemejanza,
todo medio en nuestra unión,
cualquier mediador en nuestra unidad.

Se entristece el corazón de aquél
a quien nada perecedero basta,
cuando un pensamiento le distrae
de su morada en la desnudez.

Aquel que Es
se complace en las almas
en que encuentra esta semejanza
y les revela todos sus secretos.

No es sorprendente
que quienes siguen elevados estudios
sin poseer la verdad en su interior,
y saben tan solo lo que la criatura

y los escritos enseñan,
permanezcan en la espera y las disputas:
no creen a nadie
que les quiera desengañar.

La atención interior hace olvidar
e ignorar todo lo de afuera,
pues solo está satisfecha el alma
de quien siempre está a las órdenes de su creador.

Triste es el camino
por el que busca la criatura su contento:
tan lleno está de lodo
que quien por él se adentra no puede salir limpio.

Intención elevada
en las obras pequeñas
es fuente de amor.
Unión elevada
que no brilla
es sólida ciudad.

Corazón servil tienen
aquellos a los que hirió y venció
si lamentan un día
la empresa del amor.

Hasta que conocí los ardides del Amor
estaba a su favor. No sospechaba entonces
que pudiera de tal modo asaltarnos
y despojarnos de todas nuestras fuerzas.

Por noble que sea,
es codicioso también:
arrebata y engulle sin contar
todo lo que encuentra.

Tales son las costumbres del Amor:
lleno de gentileza, se derrama a manos llenas.
Pero si con él bebéis, en un instante
os hace perder la cabeza.

Mas por caro que nos haga pagar
aquello que nos regala,
cada vez que nos invita
volvemos de nuevo a su posada.

Es pura libertad, Amor,
lo que vuestro espíritu da a los compañeros;
dais naturaleza nueva
a quienes beben bajo vuestra enseña.

Que dejen el hombre viejo
y se revistan del nuevo,
ésa es vuestra voluntad
y nuestra fiesta.

Para gustar un día la fruición
es preciso no buscarla:
es ajena a los esfuerzos de la mente,
a las idas y venidas del pensamiento.

Amor quiere pagar nuestras penas,
¡pero es tan inconstante!
Nos enriquece y nos reduce a la miseria,
nos exalta y nos hunde.

Nuestro saber debe elevarse en la duda
y crecer en la incertidumbre
para que Verdad pueda ser nuestra morada.

Si no lo mantenemos oculto
y no sabemos morir,
nos decepcionará ese saber.
Pues un soplo de brisa se lleva
el fruto que temprano aparece.

Omnipotencia atrae al alma,
Verbo la instruye, Amor la guía.
Así es como los Tres
la arrastran a la Unidad,

donde los santos encuentran
su bien y su plenitud
en el primer Principio,
la pura Deidad.

No tengáis mis palabras
por juego o bagatela,
no digo sino verdad.

Quien quiera oírlas
que siga al Amor sin retorno.
¡Alabada sea siempre
la hermosa Deidad!

(*Mgd.* XXIV)

IX

Si hay algo que deseo, lo ignoro,
prisionera para siempre
del no-saber abisal.
La mente del hombre no puede entender
ni su boca expresar
lo que encuentra en la profundidad.

No me mezclaré con los siervos
que aguardan precio o salario.
Si me preguntan dónde estoy
responderé que lo ignoro.
No puedo decirlo, como no puede
la rueda de molino flotar en el río.

Extraña historia en verdad
que deja desconcertada,
lo oculto a los otros es claro para mí.
Pues perseguía al Amor,
habito en él,
absorta en una simple mirada.

Quien entiende esta simplicidad
cautivo está y bien atado
en la prisión del Amor:
nunca ya escapará.
Mas pocos son los que hasta allí
en el amor perseveran.

¡Ah, Dios mío! qué extraña aventura,
ya no oír, no ver ya
lo que seguimos, de lo que huimos,
lo que amamos, lo que tememos.
Ayer creíamos tener algo,
y a la nada desnuda nos arroja el Amor.

(*Mgd.* XXV)

X

Gustosa me acercaría al Amor
si desde dentro pudiera alcanzarlo.
Mas no puede cantar conmigo esta canción
quien mucho se mezcla con las criaturas.

El amor desnudo que nada escatima
en su sobrepasamiento salvaje,
despojado de todo accidente,
encuentra de nuevo su pureza esencial.

En el abandono del amor desnudo
no subsiste bien creado,
pues Amor despoja de toda forma
a los que acoge en su simplicidad.

Libres de todo modo,
extraños a toda imagen;
ésa es la vida que en la tierra llevan
los pobres de espíritu.

No les basta ir muy lejos
ni mendigar su pan y todo lo demás;
los pobres de espíritu deben quedar sin ideas
en la inmensa simplicidad

que no tiene ni fin ni comienzo,
ni forma, ni modo, ni razón ni sentido,
ni opinión, ni pensamiento, ni ciencia ni intención,
pues nada la limita en su inmensidad.

En esta simplicidad desierta y salvaje
viven los pobres de espíritu en la unidad.
Nada encuentran allí sino el silencio libre
que siempre responde a la eternidad.

Se dice pronto, en un breve poema,
pero el camino es largo, bien lo sé,
y grandes tormentos deberá soportar
quien quiera recorrerlo hasta el final.

(*Mgd.* XXVI)

XI

Una noble claridad suavemente brilla dentro de nosotros
y quiere ser acogida en el descanso fiel.
Es la chispa divina,
vida de la vida del alma,
siempre unida a la Fuente divina,
en la que Dios hace brillar su luz eterna.

Revelación en lo más secreto de nuestro ser
que ni razón ni sentidos pueden comprender
sino en el amor desnudo.
Quienes la reciben son sobrenaturalmente transformados
por la chispa interior,
en un simple conocimiento divino.

Lo accidental y lo múltiple
nos quitan simplicidad.
Como dice san Juan en el Evangelio,
esta luz brilla en las tinieblas
y su claridad no es comprendida
por la oscuridad.

Si hubiéramos llegado a esa claridad
ante su rostro, vacíos y libres
de todo modo, de toda cosa
que se aprenda se cuente o componga,
en el seno del abismo sin fondo
veríamos la luz en su luz.

Ruborízate por haber estado tanto tiempo
con el alma prendida en lo accidental,
a ras de tierra y privada de la esencia.
Si la simplicidad te hubiera educado,
escondida en su luz,
estarías libre de formas e imágenes.

En gran error debes de estar
si la luz buscas fuera, y en partes,
cuando está toda en ti y te hace enteramente libre.
Si quieres ser maestra
de esta filosofía no te afirmes
y déjalo todo, también a ti misma.

¡Ay, Dios! qué nobleza
la de esta libre vacuidad
en la que Amor amorosamente todo lo abandona
y nada busca fuera de Sí,
pues que en su Unidad desnuda
encierra la eternidad dichosa.

(*Mgd.* XXVII)

XII

Gustosa me dejaría cortar la cabeza
si él quisiera creer en mis penas,
Él, que me quita el sentido y me engaña
con el resplandor de su rostro.

¿Por qué me lo muestra
y nunca acaba conmigo?
Pues cuando me creo perdida
comenzáis de nuevo el juego engañoso y burlón.

¡Ay, bello Amor! qué rápidos son vuestros cambios,
cuando decís una cosa, en otra pensáis.
Ahora sois dulce, después cruel, y luego de nuevo cambiáis,
¡haríais bien en decidiros de una vez!

Demasiado fuerte jugáis
para quienes sirven en vuestros dominios
y quieren en todo momento
hacer vuestra voluntad.

A los sabios y prudentes volvéis locos,
con ellos hacéis lo que os place,
y cuando a punto están de desesperar
los colmáis de pronto con vuestras riquezas.

Sois villano y malicioso y lleno de clemencia,
manso como cordero y despiadado
como animal salvaje, libre
en el desierto, y sin modo.

(*Mgd.* XXVIII)

XIII

¡Salud! Fuente primera en nuestro interior
que nos das el noble saber celestial
y el alimento de amor siempre nuevo
y en tu inteligencia nos liberas
de todo accidente exterior.

La unidad de la verdad desnuda,
aboliendo todos los porqués,
me mantiene en la vacuidad
y me adapta a la naturaleza simple
de la eternidad de la Esencia eterna.

Aquí soy despojada de todo porqué.
Quienes jamás comprendieron la Escritura
no podrán razonando explicar
lo que yo he encontrado en mí misma, sin medio, sin velo,
más allá de las palabras.

(*Mgd.* XXIX)

BIBLIOGRAFÍA

A. OBRAS DE HADEWIJCH

Hadewijch, *Brieven*, ed. a cargo de J. Van Mierlo, Anvers, 1947.

Hadewijch, *Mengeldichten*, ed. a cargo de J. Van Mierlo, Bruxelles, 1912 y 1952.

Hadewijch, *Strophische gedichten*, ed. a cargo de J. Van Mierlo, Anvers, 1942.

Hadewijch, *Visionenen*, ed. a cargo de J. Van Mierlo, Louvain, 1924-1925.

Hadewijch, *Die Werke*, ed. a cargo de J. O. Plassmann, Hannover, 1923.

Hadewijch, *Het Visionenboek*, ed. a cargo de H. Vekemann, Brugge - Nijmegen, 1980.

Hadewijch, *Écrits mystiques des Béguines traduits du moyen-néerlandais*, trad. de J. B. Porion, Paris, 1954.

Hadewijch, *Poèmes des Béguines*, trad. de J. B. Porion, Paris, 1954, 1985.

Hadewijch, *Visions*, trad. de J. B. Porion, Paris, 1987.

Hadewijch, *La onzième vision*, trad. de J. B. Porion, *Nova et Vetera 24* (1949), pp. 43-49.

Hadewijch, *Lettres spirituelles*, trad. de J. B. Porion, Genève, 1972.

Hadewijch, *The Complete Works*, trad. e intr. de Columba Hart, New York, 1980.

Hadewijch d'Anvers, *Amour est tout (poèmes strophiques)*, trad. del neerlandés medio de Rose Vande Plas, Paris, 1984.
Hadewijch de Amberes, *Dios, Amor y Amante, Las Cartas*, trad. de Pablo María Bernardo, Paulinas, Madrid, 1986.
Hadewijch, *Cinque poesie con testo brabantino*, trad. e intr. de Romana Guarnieri, Brescia, 1947.
Hadewijch, *Cinque visioni con testo brabantino*, trad. e intr. de Romana Guarnieri, Brescia, 1947.
Hadewijch, *Lettere*, ed. a cargo de R. Berardi, Milano, 1992.

B. ESTUDIOS SOBRE HADEWIJCH

Mierlo, Joseph Van, *De Visionem van Hadewijch*, 2 vols., Louvain, 1924-1925.
Mierlo, Joseph Van, «Hadewijch, une mystique flamande du XIII siècle», *Revue d'Ascétique et de Mystique*, t. 5 (1924).
Davy, Marie-Madeleine, *Initiation à la mystique des béguines, Hadewijch*, en Actes du Colloque (celebrado en la Sorbona en abril de 1983) *Mystique, Culture et Société*, ed. de Michel Meslin.
Baumer-Despeigne, O., «Hadewijch of Antwerp and Hadewijch II: Mysticism of Being in the Thirteenth Century in Belgium», en Betina Baumer (ed.), *Mysticism in Shaivism and Christianity*, New Delhi, 1997.
Mommaers, P., «Hadewijch: A Feminist in Conflict», *Louvain Studies 13* (1988), pp. 58-81.
Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique, t. 7. Paris, 1969, art. «Hadewijch».
Leclercq, J., T. Vandenbroucke, L. Bouyer, en *Histoire de la Spiritualité du Moyen Âge*, Paris, 1961.
Encyclopédie des Mystiques, t. II, Paris, 1977.

C. OTROS ESTUDIOS

Baker, D. (ed.), *Medieval Women*, Oxford, Cambridge, 1978.

Beer, Frances, *Women and Mystical Experience in the Middle Ages*, Rochester, NY, 1992.

Bennett, Judith, Elizabeth A. Clark, Jean F. O'Barr, B. Anne Vilen y Sarah Westphl-Wihl (eds.), *Sisters and Workers in the Middle Ages*, Chicago, 1989.

Bezzola, R., *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200)*, Paris, 1958-1963.

Bowie, F. (ed.), *Beguine Spirituality*, London - New York, 1989.

Cazenave, M., D. Porion, A. Strubel y M. Zink, *L'art d'aimer au Moyen Âge*, Paris, 1998 [de próxima aparición: *El arte de amar en la Edad Media*, trad. de A. López y M. Tabuyo, Olañeta, Palma de Mallorca].

Davy, Marie-Madeleine, *Iniciación a la simbología románica*, trad. de M. Pascual, Akal, Madrid, 1996.

Davy, Marie-Madeleine, *Initiation Médiévale*, Paris, 1980.

Dronke, Peter, *Las escritoras de la Edad Media*, trad. de Jordi Ainaud, Crítica, Barcelona, 1995.

Épiney-Burgard, Georgette y Émilie Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios, una tradición silenciada de la Europa medieval*, trad. de A. López y M. Tabuyo, Paidós, Barcelona, 1998.

Gorceix, Bernard, *Amis de Dieu en Allemagne au siècle de Maître Eckhart*, Paris, 1984.

Grundmann, H., *Religious Movements in the Middle Ages*, Notre Dame, IN, 1995.

Hammack, M. L., *A Dictionary of Woman in Church History*, Chicago, 1984.

Jaron Lewis, Gertrud, *By Women For Women About Women: The Sister-Books of Fourteenth Century Germany*, Pontifical Institute of Medieval Studies, 1996.

Joris-Mallet, Françoise, *Le Rempart des Beguines*, Paris, 1951.

Kirshner, Julius y Suzanne F. Wemple (eds.), *Women of the Medieval World*, Oxford, 1985.

Klapisch-Zuber, Christiane, *A History of Women: Silences of the Middle Ages*, Cambridge, MA, 1992.

Lambert, Malcolm, *Medieval Heresy: Popular Movements from Bogomil to Hus*, New York, 1976.

Lawrence, C. H., *Medieval Monasticism: Forms of Religious Life in Western Europe in the Middle Ages*, New York, 1984.

Leff, Gordon, *Heresy in the Middle Ages: The Relation of Heterodoxy to Dissent, c. 1250-1450*, 2 vols., New York, 1967.

Leff, Gordon, *The Dissolution of the Medieval Outlook: An Essay on Intellectual and Spiritual Changes in the Fourteenth Century*, New York, 1976.

Levin, Carole y Jeannie Watson, *Ambiguous Realities: Women in the Middle Ages and Renaissance*, Detroit, 1987.

Libera, Alain de, *Penser au Moyen Âge*, Paris, 1991.

Lucas, Angela M., *Women in the Middle Ages*, New York, 1983.

McGinn, Bernard (ed.), *Meister Eckhart and the Beguine Mystics, Hadewijch of Brabant, Mechthild of Magdeburg and Marguerite Porete*, New York, 1994.

McDonnell, E.W., *The Béguines and Beghards in Medieval Culture*, New York, 1969.

Margarita Porete, *El espejo de las almas simples*. Anónimo, *Hermana Katrei*, trad. y estudio de Blanca Garí y Alicia Padrós Wolff, Icaria, Barcelona, 1995.

Martinengo, Marirì, *Las trovadoras, poetisas del amor cortés*, trad. de M.ª Milagros Rivera Garretas y Ana Mañeru Méndez, Madrid, 1997.

Markale, J., *Leonor de Aquitania*, trad. de Cristina Peri-Rossi, Olañeta, Palma de Mallora, 1992.

Mierlo, J. Van, «Béguinages», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques*, VII (1933), pp. 457-473.

Nelli, René, *Écrivains anticonformistes du moyen-âge occitan, hérétiques et politiques*, Paris, 1977.

Neel, Carol, «The Origins of the Beguines», en Judith M. Bennett, *et. al.* (eds.), *Sisters and Workers in the Middle Ages*, Chicago, 1989.

Pernoud, Régine, *La mujer en el tiempo de las catedrales*, trad. de Marta Vasallo, Granica, Barcelona, 1982.

Pernoud, Régine, *Hildegarda de Bingen, una conciencia inspirada del siglo* XII, trad. de Alejandra González, Paidós, Barcelona, 1998.

Petroff, Elizabeth, *Body and Soul: Essays on Medieval Women and Mysticism*, New York, 1994.
Petroff, Elizabeth, *Medieval Women's Visionary Literature*, New York, 1986.
Rougemont, Denis de, *El amor y occidente*, trad. de Antoni Vicens, Kairós, Barcelona, 1979.
Simmons, Walter, «The Beguine Movement in the Southern Low Countries: A Reassessment», *Bulletin de l'Institut historique belge de Rome* 59 (1989).
Schmitt, Jean-Claude, *Mort d'une hérésie. L'Église et les clercs face aux béguines et aux béghards du Rhin supérieur, du 14e au 15e siècle*, Paris, 1978.
Uitz, Erika, *The Legend of Good Women: The Liberation of Women in Medieval Cities*, Wakefield, RI, 1988.
Wade Labarge, Margaret, *La mujer en la Edad Media*, trad. de Nazaret de Terán, Nerea, Madrid, 1988.
Wilson, K. M. (ed.), *Medieval Women Writers*, Manchester, 1984.
Zumthor, P., *Essai de poétique médievale*, Paris, 1972.

Hadewijch de Amberes

A pesar de que las investigaciones sobre ella se han multiplicado en los últimos años, poco sabemos de la vida de esta mujer y escasos son los datos que nos ofrecen sus escritos: *Visiones, Cartas* y *Poemas*. Sólo tenemos estos datos ciertos: su nombre, su lugar de nacimiento (Antwerpia), y el título de bienaventurada, atribuido con frecuencia a las beguinas. Su actividad literaria parece haberse desarrollado entre los años 1220 y 1240. En sus *Cartas* y en algunos de los *Poemas* aparece como «maestra» de un grupo no organizado de mujeres, amigas muy queridas, de las que se ve obligada a separarse, perseguida y amenazada con el destierro y la prisión. Todavía en el siglo XIV circulaban sus escritos, aunque pronto cayera en el olvido. Predecesora de Eckhart y de la mística renana, se puede decir que en su obra se encuentran y dialogan las dos grandes tendencias de la mística: la llamada «mística nupcial» y la «mística de la esencia».

Hadewijch es considerada la primera gran escritora en lengua flamenca y reconocida como una de las mejores poetas en esta lengua; con ella el neerlandés accede por vez primera al nivel literario.

María Tabuyo

Se dedica a la traducción e investigación teológica. Es miembro de la Asociación de Teólogas Españolas. Es autora de *La Biblia contada a todas las gentes* (1997), además de numerosos trabajos publicados en revistas especializadas.

ISBN 84 - 8164 - 357 - 2 /

